

A

OTRAS TIERRAS

(PROSA AUTOBIOGRÁFICA)



VICENTE MEDINA

AÑO 1926

3-A-39

10,00

¡A OTRAS TIERRAS!

Colección
de las
Obras Completas
de
VICENTE MEDINA
Editadas
por el propio
autor

XXIII

ROSARIO DE SANTA FÉ

(REPÚBLICA ARGENTINA)

AÑO 1926

ARCHIVO MUNICIPAL
DE
MURCIA

R. 10.581

Archivo M. Murcia



1008337
3-A-39

DERECHOS RESERVADOS

¡A OTRAS TIERRAS!

Patriotas y antipatriotas

Desdeñemos las críticas de los patriotas y sigamos nuestro camino, los que entendemos el patriotismo como lo entendían Mariana, Feijoo, Cadalso, Costa, Pí y Margall...

El ciudadano que dice la verdad, suceda lo que suceda, aunque la verdad sea desfavorable para su patria, trabaja por esta patria tanto, por lo menos, como el comerciante, el industrial y el agricultor.

Si no hubiera patriotas de la verdad, es decir, antipatriotas, ¡que triste destino el de la patria!

AZORÍN

LA PRENSA - B. Aires - 18 - IV - 26

¡Yo pecador!



RECOGO en este librito algunos trabajos de « circunstancias »: conferencias « pedidas » y versos « de cumplido. » Incluyo, además, unos recuerdos de mis días de emigrante y de pobre poeta expatriado.

Puede la crítica decir que, en todo esto, lo que sobra de superficial ó personal ó nimio, falta de literatura; pero yo tengo mis dudas, por lo que en estas páginas hay de intimidad y de sentir... Y, en la

duda, prefiero salvar, de la quema de mis papeles inútiles, estas cosas infantiles, aunque el capricho me cueste alguna repulsa.



Llevados de la confianza que tenían conmigo y del cariño que me profesaban, mis humoristas amigos de «La Tierra», de Cartagena, «se metieron» conmigo porque, á mi llegada á estas tierras de América, dí algunas conferencias y públicas lecturas de mis versos, así como porque tuve la debilidad de hacer tres sonetos para un concurso, en el que había el cebo tentador de algunas monedas de oro que ofrecían como premio.

Mis amigos y yo (¡oh aquella peña intransigente!) éramos muy puritanos. Entre nosotros estaban considerados como verdaderos crímenes la oratoria pirotécnica,

la poesía de cantera á base de consonantes riosos y la degollación impía (con declamaciones aflautadas y latiguillos) de versos en público.

Mis amigos, desde allá tan lejos, no podían saber de mis ineludibles compromisos (¡pues hay que vivir!) y no podían hacerse cargo de la tristeza de quien comete el crimen repugnándolo y repudiándolo.

Entre mis religiosos recuerdos, está el de una noche triste, fría y lluviosa, en que ví, en un teatrillo - cine de Cartagena, (un desmantelado barracón) salir al escenario un gran poeta, con muecas y piruetas de payaso, cantando en falsete... Era Luis Esteso... ¡Oh qué poesía, aquella poesía de Luis Esteso, aquella noche,... ¡para ganarse el pan!...



Como descargo y para tranquilidad de mi conciencia, doy aquí la muestra de mis

pecados en cuanto á oratoria: « Discurso en Córdoba », « Comercio y poesía », « El canto á la humildad », etc.

De mis tres sonetos, la verdad, estoy tan pesaroso y abochornado, que no me atrevo á volverlos á sacar á la vergüenza pública.



Al final de este libro va mi « Canto al Rosario. » Son versos de concurso; pero yo los hice para « fuera de concurso » y puse en ellos todo mi corazón.

Vicente Medina

parte para América



L delicadísimo poeta murciano, Vicente Medina, que hasta ahora había vivido en Cartagena, se encuentra de paso entre nosotros, esperando que el «León XIII» se lo lleve hacia Buenos Aires en compañía de su numerosa familia.

Parece que para Murcia ha llegado á cumplirse la profecía de un escritor que decía que un día exportaríamos una mercadería que todos los pueblos buscan como su tesoro de más precio: exportaremos á nuestros intelectuales y con ellos todo lo que significa patriotismo, cultura, buen sentido...

Después estas provincias que menosprecian á sus poetas y á sus hombres de cerebro privilegiado, tienen á la fuerza que permitir que se apoderen de sus destinos los caciques y pajarracos de rapiña.

Medina no ha encontrado ambiente, no encuentra eco en aquel desgraciado país, víctima de los García Alix, de los Romanones, de los Ciervas y otros políticos locales parecidos. Toda el alma murciana vibra dulce y melancólica en la lira de Medina. *Pero los murcianos no quieren saber nada de esto.* Los intereses espirituales (que son los más grandes, los únicos verdaderamente trascendentales) les tiene perfectamente tranquilos. Y, es claro, á más de naranjas y minerales, Murcia exporta también cerebros... ¿A quién pondrá después al frente de sus grandes intereses colectivos, morales y materiales?

El poeta no podía vivir allí: no encuentra aquel calor que requiere su musa efu-

siva y exquisita. Cuando se ha sentido con las alas bastante fuertes, ha emprendido su vuelo á países *más humanos*, donde *el talento es respetado* y la *sociedad empuja* á cada hombre hacia su *lugar* y al *genio hacia el primero de todos*.

Y Medina seguirá adelante.

Su poesía parece lánguida y añorante porque canta los sentimientos de un pueblo aletargado, sin fé. Pero el poeta es un espíritu varonil, de voluntad férrea, de costumbres metódicas, que marcha derecho y siempre victorioso hacia los derrotados que él mismo se señala. Es, pues, un emigrado para quien el punto de partida parece una alborada llena de las promesas de un medio día espléndido.

Mas para nosotros este encomio es muy triste. No por el vate que se vá, sino por su patria que le deja ir.

Las cosas en su lugar



l patria no ha hecho nada por mí, mi patria me dejó que emigrara...

Pero..., cuando se vea que no me he muerto de hambre y que me he permitido el lujo de editar mis obras magníficamente, no se vaya á creer que, si mi patria no hizo nada por mí, hubo alguna otra patria ó alguien que lo hiciera.

¡No, señor! ¡Ni por mí ni por mi obra ha hecho nada... nadie en el mundo!



He tenido amigos fervorosos de mi obra,

que me han seguido como á Cristo los suyos; pero si, entre la bestialidad de la gente de mi calle de la Amargura, yo no me hubiese defendido á leñazos con la cruz, me hubiese visto, también como Cristo, escupido, azotado y enclavado...



Cuando hablo con respeto y cariño, ó con profunda gratitud, de esta tierra ó de aquella, entiéndase bien que, estrictamente, me refiero á la tierra y no á los hombres... ¡y menos á los hombres-amos! De esos, si se pretende protección y ayuda, ha de ser vendiéndose uno por esclavo, abdicando de la libertad de las ideas y humillándose y arrastrándose...

Por eso, repito que, cuando hablo con cariño y gratitud de esta tierra ó de aquella, es al suelo fecundo y á la roca abrigada y protectora y al río que me apaga la sed, á quienes van mi pensamiento y mi corazón...

No soy desagradecido



DESPUÉS de impresas estas páginas ha llevado un rudo golpe mi vida: a los 60 años de edad me he visto encarcelado y acusado de una fabulosa defraudación: ¡millones!

De este golpe quizás me ocupe en otro libro mío...

Pero, por el momento, quiero dejar constancia aquí de que en esta tribulación mía ha habido muchas personas piadosas que me han aliviado el peso de mi cruz... ¡Dios se lo pague!

RECORTES DEL DIARIO
"LA TIERRA"
DE CARTAGENA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
DE LA TIERRA
DE CARTAGENA

¡A otras tierras!



VICENTE Medina comenzó un día por imaginarse que la América era un bello país, y, al día siguiente, ya tuvo la obsesión de América.

—Me voy á América — nos dijo. Pero no le creímos y, tomando á broma el anuncio de su viaje, comenzamos á encargarle cosas...

—A mí me traerás un loro.

—A mí una *americana* que me ajuste.

Expresiones á los Andes.

Recuerdos al Orinoco.

—Tráeme un cóndor que cante.

Y así, sucesivamente, le fuimos haciendo

encargos.

Medina se sonreía a todo, pero al final de las bromitas, siempre nos decía lo mismo:

—Tomadlo a broma; pero me voy a América.

De conformidad con su propósito, Medina se dedicó a estudiar la geografía americana. Un día se *empollaba* a Chile; otro a Méjico; otro al Perú, hasta que se *cargó*, íntegra, a la joven América.

Hasta aquí, la cosa no tenía nada de particular, y ninguno de nosotros, a pesar de los estudios de tierra, fauna y flora americanas que hacía Medina, creyó en su viaje. Mas llegó un día en que el poeta, pasando de las intenciones á los hechos, embarcó para Chile á sus hermanos y á su madre, y entonces sí, entonces creímos que, más pronto ó más tarde, se nos iba el poeta... ¡Y el poeta se vá!

Vicente Medina lleva dentro un aventurero. De haber nacido unos cuantos siglos há, hubiera ido á esas tierras ignotas, embarcado en una de las naos de Colón; hu-

biera peleado entre las huestes de Cortés ó de Pizarro; hubiera narrado en verso, como Ercilla, las hazañas de aquellos aventureros españoles, que dejaron en las lejanas tierras de América, con su habla espléndida, la sangre generosa...

Mientras Medina tuvo, en España, su porvenir incierto; mientras hubo de luchar para ganarse el pedazo de pan cotidiano y el pedazo de gloria para siempre, el aventurero tenía obra y empeño por delante y no pensó en abandonar el lugar de la pelea. Pero llegó un día en que aseguró una y otra cosa, más el pedazo de gloria que el pedazo de pan, y el aventurero dejó las armas y se cruzó de brazos... ¡Aquel día Medina pensó en América!

José García Vaso

"LA TIERRA" Cartagena 24-I-1908

Salida del "Sagunto"

 YER mañana, en el vapor "Sagunto" acompañado de toda la familia que le quedaba en España, salió para Barcelona nuestro entrañable amigo, redactor de este periódico y gran poeta Vicente Medina.

A despedirle fuimos los de esta casa y algunos pocos amigos que le quieren tanto como nosotros. *Gracias a ésto, Vicente Medina ha podido, al arrancar el vapor, decir ¡adiós! a alguien.*

—Ya véis en lo que ha parado la bromita — nos dijo.

No, aún no lo vemos. Pasará el tiempo;

el talento y la voluntad de Medina se abrirán paso allá, en las lejanas tierras de América y, entonces, libres ya de la amarga incertidumbre que ahora tenemos, y menos fresca la herida de una separación que puede ser ¡para siempre! habremos visto *en qué para la bromita*.

Si nuestro deseo hubiera de ser heraldo de una realidad venturosa, bien pronto la hallarían Medina y los suyos en las tierras americanas... ¡Quiera Dios que así sea y que sea pronto! Y si nuevos desengaños, la satisfacción de sus ansias de ver mundo, o las tristezas de la nostalgia, arrojan al poeta, de nuevo, hacia estas hermosas costas levantinas, ¡bien venido sea! que, aunque pobres y humildes, siempre habrá entre nosotros quienes compartirán con él y los suyos su pan y su cariño.

Adiós á Medina

(IMPROVISACIÓN)



*L Rey de las Españas piensa en un
 [bello viaje
 por las tierras de Indias: yo no sé
 [si lo hará;
 pero el júbilo corre por mar y por
 [boscaje
 y los Andes inclinan sus cumbres
 [por si va*

*El que hoy va es un poeta cuyo fino cordaje
 dice un cántico; el cántico que siempre sonará
 del amor que suspira por el patrio paisaje
 y por el tiempo heróico que nunca volverá.*

*El Rey de las Españas llevaría su cetro.
 Poeta: tú la lira y el número y el metro
 con que la vida ajustas al son de tus canciones.
 Por si va el Rey, tú ahora el homenaje empiezas:
 porque si él verá como se doblan las cabezas,
 tú verás como, en cambio, se alzan los corazones.*

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Cartagena, 23 de Enero de 1908

Vicente Medina en América

CARTA DEL POETA



ESPUÉS de dos eternos meses, que es el tiempo transcurrido desde la marcha para América de Vicente Medina, de nuestro muy querido y admirado poeta, hemos recibido carta suya, carta llena de buenos augurios y esperanzas. En ella nos relata, con su peculiar sencillez de estilo, las peripecias del viaje, si malo y accidentado al comienzo, muy feliz después.

«Salimos de Cádiz, — nos dice — con tan

fuerte temporal y daba el buque tales bandazos, que llegué a creer que el viaje que emprendía era, verdaderamente *al otro mundo*.»

«Después abonanzó el tiempo, se calmaron las aguas y lució un sol hermoso.»

«Del recibimiento que en esta gran ciudad he tenido, os darán idea los artículos que insertan los adjuntos periódicos. Estoy contento y satisfecho. La vida aquí, no es cara. Habito una casa en los alrededores de Buenos Aires, circundada por un jardín, en donde abundan las flores, por entre las cuales juegan mis niñas.»

Todos los días tengo un recuerdo para vosotros y para *La Tierra*, el periódico para el que tanto cariños guardo. No olvidéis, en cambio, a vuestro poeta.»

El Diario Español

El importante periódico bonaerense «El

Diario Español», publica el retrato de Vicente Medina y un extenso y brillante estudio crítico de sus obras, que firma el ilustre publicista D. Juan Más y Pí.

He aquí algunos de los principales párrafos de su notable trabajo:

«Vicente Medina, —dice— no puede ser tratado con la despreocupación ya tradicional en la crítica. Merece más, porque no es «un» poeta, sino «el» poeta de un momento de la vida española, «el» poeta que ha compendiado en sus elegías toda la honda, amarga y desgarradora tristeza de una decadencia nacional.

Todo se une en él para presentarlo ante nuestra imaginación como el tipo representativo de la España actual, de una España fuerte y sana en sus afectos, aunque abatida por las circunstancias de un minuto de fatalidad, que la postra vencida bajo los golpes del destino.

Desde su vida pasada, llena de lo amargo, de lo triste del dolor, hasta su existen-

cia actual, que nos describe estrecha y agitada, todo se une en él para que sus obras tengan algún valor más que el simple valor literario de las palabras combinadas eficazmente por una técnica sabia. Vicente Medina es el poeta que España reclamaba desde el día en que dejó de lucir para ella el sol de la ventura, desde la hora fatal en que la trágica sombra del desconsuelo llenó sus horizontes, inundando el alma de nuestro pueblo en las ondas turbias de un dolor sin límites.

Medina, poeta humano

Más adelante, y después de estudiar la labor poética del autor de "Cansera", escribe su panegirista lo siguiente:

«Vicente Medina puede rechazar el título de poeta regional con que, exclusiva-

mente, se le ha querido agradecer. No es solo de una región el que escribe la «Canción triste», el que traza el cuadro poderosamente sugestivo de "Murria", el que esculpe lo grande de un amor en "La carta del soldado". Poeta, sin adjetivos de restricción, es el que dice cosas tan humanas como las del "Caminico".

No es Medina el poeta solo de su tierra y de su momento. Si representa a España, si encarna debidamente las aspiraciones de todo un pueblo, no es porque su poesía sea estrechamente de su terruño, sino porque dentro de ideales muy humanos, muy eternos, muy universales, pone la característica de la raza en este momento: la tristeza.

Entre todos los poetas españoles del momento presente, Medina es el único que con un deliberado propósito viene haciendo literatura. Su musa, díscola a veces, rebelde casi siempre, ineducada, sin pretensiones de fuerza directriz entre los que vienen abriendo el camino, es una de las

más nobles, porque tiene la bondad de los humildes: la utilidad.»

Medina, prosista

«Las cualidades de que Medina ha hecho gala en la poesía,—añade el señor Más y Pí,—repítense también en su obra en prosa, ya sea en los pequeños poemas de «La canción de la muerte», obra fragmentaria y amarga, ya sea en dramas como «El rento» “El alma del molino” y “Lorenzo”. Este último, sobre todo, alcanzó un éxito que resonó paralelamente a los aplausos tributados a los «Aires Murcianos.»

«El rento» vale más como obra de observación, como cuadro completo, como labor concluida, pese a sus tendencias revolucionarias, con algo de «Juan José» y de «Los malos pastores». En ella, empero, está siempre latente el poeta lírico, denunciándose

en hermosas escenas donde aparece de nuevo su gran característica: la tristeza de la decadencia.

Un artículo de Unamuno

Otro gran periódico de Buenos Aires, «La Nación», dirige al poeta expresivas frases de afectuosa bienvenida, y de su colaborador el sabio catedrático Don Miguel de Unamuno, publica el siguiente notabilísimo artículo, en el que, una vez más, rinde al tierno y delicado autor de los «Aires Murcianos», la ofrenda de su más entusiasta admiración.

Dice Unamuno:

«Medina acaba de publicar, como despedida de su patria, en un solo tomo, sus poesías escogidas. Aquí están sus «Aires murcianos», escritos en el habla regional de Murcia, en una especie de subdialecto,

con ligeras variantes respecto a la lengua común española, variantes cuya diferencia es poco más o menos como la de las variantes de los tan cacareados idiomas nacionales hispanoamericanos.

De estos «aires murcianos» se han hecho en España famosísimos, realmente clásicos, dos, y son “Murria” y “Cansera”, sin que esto quiera decir que no haya otros que tal vez los superen. Son dos composiciones que pasarán a las antologías.

*¡Llévate esa copa,
no me des más agua . . .
Pa apagar la sequía que tengo,
me tenías que dar una jarra
de aquellas tan limpias
que están corgaicas debajo e las parras,
de aquellas tan frescas
que, gotica a gotica, tresmanan!*

¿Qué dirá ahora Medina, al beber el agua de esa hospitalaria tierra argentina? ¿qué

dirá al beber el agua que espera sea de renovación?

Los últimos versos de “Cansera” son tan definitivos, tan hondamente dolorosos, tan íntimos como los últimos de “Murria”.

*No te canses que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
¡a ver si es pa siempre! . . . ¡Si no me despertara! . . .
¡Tengo una cansera! . . .*

La cansera, la cansera de vivir y luchar en España, guitarra al hombro y pluma de forzado del escritorio mercantil en la mano, esa terrible cansera ha llevado a Medina a Buenos Aires.

Los “Aires murcianos” es lo que sobre todo dió fama a Medina, pero yo prefiero tal vez otras cosas tuyas sin ese tonillo algo pegajoso y dulzón del habla murciana. Por ejemplo, aquella hermosísima poesía “Mi reina de la fiesta”, que es un regalo de

intimidad y de sentimiento.

*Yo también tengo amores, pero los tengo lejos...
tan lejos que no aguardo que ya a mi lado vuelvan.
Se fueron una tarde de otoño en que las hojas
de los añosos álamos se desprendían secas...*

*¡Se fueron una tarde
con su mirada triste, con su mirada tierna!...*

*Se fueron y me aguardan...
Ha tiempo que me espera
¡durmiendo eternamente
debajo de unas flores, mi reina de la fiesta!*

Y estas flores, bajo las cuales esa reina duerme, ¡florecen tan lejos de esa tierra americana a que el poeta emigra! Pero hay en todas partes flores y a todas partes van, tras de aquellos que los amaron, las almas de nuestros muertos.

Y qué ¿voy acaso a ir recorriendo el tomo entero? No acabaría de citar.

Y junto a esos suspiros musicales, envueltos en aroma de hogar, en perfume doméstico, tenéis las "Rebeldes". Este hombre todo dulzura, todo ternura, todo me-

lancolía, lleva un rebelde dentro. Es natural. No sé bien por qué Medina inserta delante de estas poesías unas líneas en prosa en que parece querer sincerarse de haberlas compuesto.

Y es este fondo de rebeldía, es su amor infinito a la verdad y a la justicia lo que ha sacudido su cansera y su murria y veneciéndolas le ha lanzado, con ansias de renovación, a un nuevo mundo.

.
.

De "La Tierra" al poeta

Vicente Medina triunfará en América, como ya triunfó en España; para ello lleva en su bagaje literario sus obras definitivas, imperecederas; y para contrarrestar las adversidades, posee su voluntad férrea y avasalladora.

Los "Aires murcianos" orearán aquella

sociedad cosmopolita, llevando los aromas de la vega que de niño impregnara su espíritu; y el poeta lejos de su patria, y de su rincón querido, añorará seguramente las amistades que aquí dejó.

Desde esta casa tan querida de él, y donde tanto se le quiere, reciba el gran poeta nuestra enhorabuena; el recibimiento obtenido en la gran capital, digno de sus méritos, nos halaga tanto como a él, y esperamos pronto que la admiración despertada se renueve con motivo de la publicación de nuevos libros.

Más noticias

Hemos recibido noticias muy halagüeñas de Vicente Medina.

En una muy interesante carta nos da cuenta de las cariñosas muestras de simpatía que sigue recibiendo por parte de la prensa y compatriotas y de su colocación en el Banco Español del Río de la Plata.

Copiamos algunos párrafos de la carta del poeta que dan una visión de la vida de Buenos Aires.

Vida espléndida

“Aquí se ven claros horizontes, se presentan por todas partes caminos a la aventura y al trabajo, con promesas deslumbradoras; la vida es espléndida y se tira el dinero con rumbo. La mendicidad no existe aquí; la alimentación es tanto o más barata que ahí. Todo esto y el no ver constantemente espectáculos de miseria y sordidez y no oír *nunca* la palabra *hambre* que ahí me sonaba como doble funeral, borra de mi espíritu aquel pesimismo tenaz que ahí lo invadía, engendrador de *Cansera*.

Trabajo, no poesía.

“A mí me ha servido el nombre literario

para simpatías y relaciones; pero no me serviría de nada si no hubiese dicho en todas partes, a grito pelado, que yo tenía mi profesión, que yo era tenedor de libros y que llevaba 25 años trabajando en casas de Comercio, Bancos y Sociedades.

Cuando preguntan cómo trabaja uno, no preguntan si trabaja bien, sino si trabaja ligero. El título de trabajador vale en este país y, tanto o más, el de emprendedor.

En Rosario de Santa Fé

Tenemos nuevas noticias de nuestro querido poeta.

Reside actualmente en Rosario de Santa Fe, de la misma República Argentina, y mejorando de destino, ha obtenido un puesto en una importante casa.

La última carta de Medina, como todas las suyas, está llena de detalles muy interesantes, y observaciones sobre la vida argentina, y encierra también enseñanzas

que deben tener en cuenta cuantos españoles miran cual tierra de promisión a la República Argentina.

He aquí algunos párrafos:

El tiempo es oro.

“Acabo de escribir, con lápiz, esta carta en el *tranvía*: cuestión de tiempo. Aquí el tiempo es oro de verdad. La gente lee novelas y periódicos, mientras marcha en los tranvías o trenes rápidos, porque no tiene tiempo a otras horas.”

La patria chica.

“Quiero que conste, sin género alguno de duda, que me acuerdo constantemente de Cartagena, que en mi casa no se habla nada más que de esa tierra a todas horas, y que, ahora, tan lejos, sabemos

cuánto la queríamos y la queremos. En fin yo apenas si me he dejado familia en España... ¡pero me he dejado a Cartagena!»

La vida argentina.

“La vida aquí es relativamente como ahí, con la ventaja de una alimentación más nutritiva, por la baratura de las carnes, y con excepción de las casas que, eso sí, pasa de lo imaginable. Yo tengo ahora una casa como la de Cartagena, en lo grande y demás condiciones, pero pago 85 pesos mensuales (42 duros) y estoy a más de un cuarto de legua de mi destino. La tomé porque no había otra entonces más conveniente y me amarraron con un contrato por 6 meses”.

“Este es un país de lucha, generalmente lucha económica, de negocios industriales o mercantiles; la lucha política como ahí, miserable, apenas llega a dañar la vi-

da económica, alma poderosa de esta República; todo lo contrario que en esa tierra. Aquí lo esencial es que haya buena cosechas. Ahí si las hay se las lleva el fisco, y si no las hay, peor que peor”.

La situación económica.

“El entusiasmo con que he sido recibido por la prensa y colonia, me han servido bastante; el nombre literario, y acreditado que estoy aquí también como tenedor de libros, me ha servido para que haya encontrado, fácilmente, un buen empleo.

Los periódicos también me han ofrecido pagarme la colaboración, pero será poca por falta de tiempo, pues además sigo con el “Diario de la Marina” de la Habana. En una palabra: salvo lo imprevisto, creo que he resuelto bien la situación económica, y que, aunque no me haga rico, pues ni lo pretendo ni soy ambicioso, parece

que haremos algunos ahorrillos para la vejez, cosa que ahí era muy difícil y dudosa».

La odisea de un ex-rico.

He aquí lo más substancioso de la carta y que debe servir de enseñanza a los ilusos que creen que América es Jauja o poco menos:

«Estando en mi destino del Banco Español, en Buenos Aires, me avisaron que un señor deseaba verme: salgo y era... ¡X! Imaginaros mi sorpresa... Quería colocarse en lo que fuese, trabajar, redimirse, demostrar que era un hombre... Esto en un país de gran positivismo, en donde lo primero que preguntan es: ¿qué profesión tiene usted? ¿que sabe usted?, es terrible!... Y X, lo primero que dice, con una sinceridad que le honra, aunque aquí le deshonre y perjudique, es: «Yo no tengo oficio, yo no sé hacer nada, yo no he hecho otra

cosa en mi vida que tirar dinero». La belleza de esta situación terrible, de esta arrogancia de un abolengo fastuoso, no la comprenden estas gentes que, precisamente, practican una vida muy distinta a la disipadora de esta criatura de X que, al verse sin dinero, tiembla como un niño de dos años que se ve perdido en medio de la gran ciudad».

«Y X, sin embargo, parece que no quiere que de ahí le remitan recursos; quiere sostenerse en la dignidad de defenderse en la lucha con su propio y exclusivo esfuerzo; pero la aventura que corre es terrible, sobre todo a tan larga distancia de lugares de abrigo.

Yo, al venirme a Rosario, lo dejé algo enfermo y desalentado; me pilló en días de arrebató para mí, traté sin embargo de colocarle, le recomendé a algunos amigos... ¡pero había que tener una profesión, hacía falta saber hacer algo... y esto era una exigencia terrible para X!»



«Luego me ha escrito que quiere marcharse a Montevideo, que le mande unas cartas de recomendación; así lo he hecho, pero le he aconsejado que desista de su actitud y que, con los recursos que le queden, tome el primer transatlántico y se vaya a España...

¡Con qué suspiros X la recordaba!..»

Correspondencia.

Tengo varias cartas de apreciables amigos de esa, haciéndome preguntas sobre la conveniencia de emigrar, facilidad de colocaciones aquí, condiciones económicas de la vida en América, etc., etc.

Como yo estoy tan mal de tiempo y, por otra parte, necesitaría tanto para contestar a unos y a otros, viniendo a decir esencialmente a todos lo mismo, voy a tocar aquí el asunto en líneas generales, sin perjuicio de, según el caso particular de

cada cual, decirle por separado si algo me queda por añadir.

El pequeño éxito de mi aventura debe descartarse en esta cuestión, por ser el mío un caso algo excepcional. Mi modesto nombre de poeta iba abriendo las puertas para que pasara el *tenedor de libros*... Me ví casi en un conflicto por brindárseme cinco colocaciones a un tiempo y no saber cuál escoger; a pesar de ello, el conflicto diario de los muchos hombres que llegan, es por falta de colocación en los primeros momentos, ¡los más amargos!..

No cabe duda que América (sobre todo la República Argentina), es un país próspero y de inmenso e inmediato porvenir... y así se ofrece a todos los pobladores animosos del viejo continente; pero esto es en teoría general, sin que ello impida el que constantemente se dé el caso de inmigrantes sin colocación, aunque sean braceros, hombres de oficio ú otra clase de excelentes profesionales. Y es que aquí se padece crónico un mal de *aglomeración*.

Pero este mal es pasajero y se calma a medida que este río humano se va extendiendo por la gran metrópoli del Plata y las provincias argentinas... Es algo de lo que ocurre en una fonda a donde llega muchísima gente; los recién llegados suelen estar mal atendidos, hasta que van teniendo acomodo. La fonda es capaz, no cabe duda; la cuestión está en ser un poco *vivo* y no ser demasiado exigente.

Hay que atender luego infinidad de pequeños detalles, pero todos ellos importantísimos dentro de su pequeñez.

Se trata de un viaje largo, muy largo, en el que, ya emprendido, en el mar o en estos lejanos países, no nos es muy fácil volver del acuerdo y, por lo tanto, hay que emprenderlo tomando toda clase de precauciones, *pecho al agua*, dispuestos a todo.

Mi caso.

Relataré mi caso, por más que lo sabéis

muchos, y puede servir de norma.

Aunque yo tenía alguna confianza en mi nombre literario, no hubiese emprendido la aventura sin traer (como he traído) recursos para vivir aquí bastante tiempo sin colocarme:

Esto es esencialísimo, pues depende el éxito casi totalmente del estado de ánimo, y, con dinero, el estado de ánimo es excelente. Pero como aquí la vida es cara para los que no saben servirse a sí mismos y prescindir de ciertas cosas, resulta que con mis recursos no hubiese habido para nada, si no hubiese evitado el peligro a tiempo. En un mediano hotel hacíamos, la familia, 25 pesos diarios de gasto, o sea doce duros y medio. Naturalmente: a los dos días, buscaba yo desalado una casita en las afueras, para vivir por nuestra cuenta. Nosotros no hemos gastado un centavo en lavado y planchado, que es carísimo; se hace en casa. Las criadas son muy caras y prescindimos de ellas. El vino es veneno o es carísimo y no lo probamos.

De España hemos venido en tercera de preferencia, *como príncipes*, y en los ferrocarriles de aquí hemos viajado en seda, porque no hay tercera, sin que se nos deteriore un hueso. Pero, en cambio, hemos traído a la mano todo el camino, como una cosa sagrada, una máquina de coser nuevita; y yo, para no aburrirme, estudiaba contabilidad y escribía artículos para el «Diario de la Marina», de la Habana.

Mi familia cosía y hasta lavaba a bordo, durante la travesía; aquí ya, a los ocho días aceptaba yo un destino insignificante, que lo dejé, es natural, por el del Banco, en cuanto el segundo se presentó. Y todo así: con decaimientos, a pesar de la buena acogida, pues la separación de la patria es también algo físico que duele... ¡Ah! pero cuando yo decaía, mi mujer me animaba y, además, todos los que me rodeaban, con resignación y voluntad, me ayudaban a llevar la carga de mi aventura.

Estando yo ausente en Rosario de Santa Fé y ellos en Buenos Aires, me ocultaban

que mi nena pequeña estaba con fiebre y que de Chile había alarmantes noticias, efecto de una caída de mi pobre madre al bajar de un tren. ¡Todo para que yo no me desanimase y siguiese firme en mi puesto! Resultado de todo esto, ha sido una marcha económica que apenas si ha sufrido alteración y trastornos. Después de un viaje costoso, por los muchos que éramos, me queda todavía una buena reserva de dinero, que es la salud del ánimo. Además, seguimos tal y como ahí. Aquí priva mucho la ropa, el sombrero, etc., tanto en hombres como en mujeres... pues nosotros como si no nos enterásemos de tales necesidades. Aquí la ropa cuesta, por lo menos, y esto en la barata, una tercera parte más que ahí; pues bien, nosotros nos tragamos ropa y calzado para tres años.

Es más: hasta el problema de la casa, que es el peliagudo, ya lo tengo resuelto aquí, en Rosario, pues pagaba 85 pesos y otros 19 de agua etc., total casi 50 duros

mensuales y con un contrato de 6 meses; pero he podido rescindir el contrato y ya he tomado una casita de 55 pesos, más estrecha, sí, pero que se ciñe perfectamente a nuestra necesidad y cálculo.

Bello país debe ser...

A América, queridos amigos, creo que hay que traer, más que a otra parte del mundo, una gran dosis de tesón y de perseverancia y de confianza en sí mismo, para arrostrar la adversidad. Sobre todo, hay que venir haciéndose todos, al venir, una cuenta y, además, por si acaso, la última cuenta. Y así, claro está, es difícil el fracaso. ¡En cambio de eso, cuántas probabilidades hay de éxito, de vida desahogadita y hasta de perspectivas de fortuna!...

La cuenta que hay que traer hecha es que, en último caso, aquí el hombre, abandonado a sus fuerzas naturales y en lu-

cha con la propia madre, la Naturaleza, puede vivir. ¡Ahí, no!

Y la cuenta para el caso extremo de no querer apartarse de la urbe social, es la de usar sus fuerzas físicas, pues aquí un hombre para trabajar con los brazos, a poco que busque halla un hueco; en la campaña siempre, y en la época de la recolección pagan a los braceros para ir a coger maíz, hasta 7 pesos diarios, 17.50 pesetas. Los italianos vienen entonces a millares y retornan a su país muchísimos en cuanto acaba la cosecha, habiendo hecho la suya para pasar el resto del año tranquilamente en las costas rientes de Sicilia y Génova ó Nápoles.

Mi hermano Abelardo encontró, a los 15 días de llegar, trabajo de pintor para la campaña y allá fué a la provincia de Entre Ríos a pintar un chalet rodeado de esteros y bañados del Paraná, con la vecindad de yacarés, víboras y loritos de todos colores. El resultado ha sido traerse 200

pesos libres y ahora trabaja en los talleres del ferrocarril. Pues allá, entre bosques de impenetrables aromas en flor, vió mi hermano tipos de novela, vivos y reales.

Vió vivir solas, en un rancho, una anciana y su hija de unos 25 años; ésta, una mujer brava de la selva, que lo mismo hacía manteca, que tejía un poncho, que *carneaba* una res (matar y desollar), que tumbaba de un tiro un carpincho; un gato montés etc., o traía del estero inmediato una sarta de patos silvestres.

Ha visto bohemios o errabundos, cazadores de carpinchos y nutrias (lindas pieles) vivir (en plena naturaleza) de caza y miel silvestre.

Ha visto familias que asimismo viven perdidas en plena naturaleza en las infinitas islas del Paraná...

América, además de su vida social joven y robusta, llena de promesas, en que el azar es el Dios, brinda eso: la vida de la Naturaleza con todos sus poéticos fantásticos atractivos y sus pavorosas tenta-

ciones de soledades magníficas en la selva preñada de peligros, de aventuras robinsonescas, de bellezas indescriptibles, de pujanzas asombrosas, de vitalidad primitiva!..

Detalles prosaicos:

Gente de escritorio: tenedores de libros etc., sobran, pero suelen tener colocación en la campaña y es cuestión de traer las condiciones apuntadas, además de saber perfectamente desempeñar un puesto, ser vivo de genio y saber aguantar, pues aquí, más que ahí, manda Don Dinero.

Hay muchos profesores y un plantel de maestras normales que... ya! ya!... Pero la República se extiende poblándose y aquí se lleva la enseñanza un gran bocado del presupuesto.

Los profesores inmigrados sufren mucho al principio y tienen que reducirse a los colegios privados, pues en los públicos son

por nombramiento del Jefe de Gobierno hasta los porteros, creo.

Las demás carreras tienen porvenir, pero sufriendo mucho al principio, luchando y logrando salvar el gran obstáculo de las rivalidades, que algunas son (como las de farmacéuticos y médicos), muy costosas y de exámenes rigurosos de toda la carrera.

Los oficios van mejor y excepcionalmente los albañiles: son los amos.

De imprenta no solicitan muchos; a veces, especialidades; ya he visto en varias ocasiones pedir un minervista. De todo esto, sin embargo, no estoy enterado aún bien a fondo.

Para terminar, y esto sí que es importante en España que hay muchos y buenos, lo que más se pide en los anuncios, en Buenos Aires, son barberos.

La característica de todo esto es que en esta tierra todos tenemos que ceñirnos, a la postre, a clasificarnos en una profesión; la categoría de desocupados apenas existe, como tampoco la de vagos o vagabundos.

Los no profesionales, o son capitalistas o son braceros.

Claro, sometido a esta ley (¡maravillarse!), Joaquín Peñalver no ha tenido más remedio que entrar en la clasificación y, a estas horas, está contratado por una fuerte empresa minera de Jefe de trabajos y director de labores en unas minas de la Pampa Central, en donde no ganará menos de quinientos pesos mensuales y gastos pagados. Hace unos días vino a Rosario a despedirse de mí y a manifestarme su suerte y su alegría, después del furioso temporal que ha corrido.

Y esta es América: un país (como la juventud, de vértigos, de saltos, de resoluciones inesperadas.

Rogándoos finalmente que hagais público mi nuevo domicilio, me despido por hoy.

VICENTE MEDINA

Nueva dirección: Calle Tucumán, 1250, Rosario de Santa Fé. — República Argentina.

A los tres años

“Mi vida, lo mismo ya tres años: inalterable, recta a un punto, como no interrumpida vía férrea, sin curva, tendida en la dilatada Pampa. El punto es el problema económico mío y de los míos. Y más que en un tren de codicia, voy llevado por una convicción: “Hoy, como está la vida, no hay más que un problema en todo el mundo: el problema económico, también”.

Primero, una vida de confianza individual, de nutrición fuerte, de olvido de aquel fantasma ridículo de la miseria, cuando los hombres son fuertes y la vida fecunda... Después, venga una floración de arte, de intelectualismo. Pero arte e intelectualismo serio, consistente, natural y sencillo, como floración pujante de aquella misma vida robusta y coloradita. Así; no arte e intelectualismo de aquel enteco, servil, pusilánime y ñoño, hijo de una vida de hambre y de limosnas... hijo también de una vida que no busca una fuerte satisfacción en sí misma

y en su labor creadora, sinó en una exhibición tan general y de tan continuada repetición, que grandes y pequeños aparecen igualmente vanos, finchados, imbéciles, ridículos de la más deplorable ridiculez”.



“Una finca de cien hectáreas al pié de los Andes, orillas del Tunuyán. Tierras vírgenes que hubo que limpiar de bosque y maleza y dejarlas parejas. Ya están como la palma de la mano, con diez hectáreas de viña nueva y treinta de alfalfa, algunos frutales y otros plantíos. Estas tierras tienen riego eventual y luchamos por hacerlo definitivo, lo cual significaría una fortuna.



“Medina Hermanos” Taller mecánico de carpintería a electricidad. En la Aveni-

da Francia. Dirigen este taller mis hermanos Alfonso y Ricardo. Tenemos aparatos modernos *para todo absolutamente*. Los carpinteros apenas si arman la obra, pues todo sale labrado de sierras, garlopas, escopleadoras, aparatos para molduras y demás. Esto no quita para que un oficial carpintero gane un jornal de cinco pesos trabajando solamente ocho horas o sea: de 6 a 10 de la mañana y de 1 a 5 de la tarde.



«¿Que entonces ésto es Jauja? No: ésto es un país nuevo lleno de gran pujanza. Y las bellezas que antes cuento, (bellezas para nosotros, bien modestos en ambición), son a costa de una lucha ruda, de una labor febril; pero lucha y labor saludables, que vigorizan más y más.

Diego González en América.

Diego González, en compañía de unos

cuantos braceros de su campo — ya con anticipación envió otros para *allá* — salió ayer tarde para Almería, en donde embarcará en el transatlántico «Columbia», con rumbo a Buenos Aires. Va a preparar una gran producción vitícola: tierras vírgenes que en la provincia de Mendoza, bajo la colosal barrera de los Andes, ha adquirido un gran amigo nuestro; un excelso poeta; un gran dramaturgo; un gran español que necesitó salir de España para rendir al Comercio, a la Agricultura, al Trabajo, el fruto de sus poderosas facultades; *un tal* Vicente Medina, el famoso autor de los «Aires Murcianos», el autor de la maravillosa *Cansera*...

¡Y Diego González, el hombre más refractario a los viajes, el más apegado a su hogar, *porque Vicente Medina lo necesita* y lo llama desde la Argentina, lo deja todo y emprende el larguísimo viaje!

Cuando las tierras vírgenes que ha comprado Medina en Mendoza estén roturadas, aradas, preparadas por las poderosas má-

quinas agrícolas que esperan a Diego González; cuando en aquellos remotos sitios estén puestas millares y millares de vidas; cuando el trabajo de obreros de este campo de Cartagena, dirigidos por un entendimiento como el de Diego González, hayan hecho de aquellas tierras un trozo floreciente del *término municipal de Cartagena*, Diego volverá a las suyas para seguir su vida de trabajo, de honradez acrisolada.

«La Tierra» - Cartagena 31 - XII - 1912.

Carta abierta



O accidentado de mi vida en estos meses de largo y casi continuo viaje; los inesperados y repetidos cambios de ciudad y domicilio, sin poder indicar una residencia fija; los ineludibles deberes sociales, más ineludibles en países que visitamos por primera vez; y la, para mí importantísima, solución de mi problema económico en la nueva tierra, han exigido de tal modo toda mi atención y todo mi tiempo, que no he podido ocuparme, como era mi vehemente deseo, de escribir a todos mis buenos amigos, con el detenimiento que merecen, ni he podido contestar las

cartas de muchos de ellos que se interesan por mi suerte y que han seguido con cariñosa atención este vuelo de golondrina soñadora a otro continente, en busca de una nueva primavera...

Por eso, para todos mis buenos amigos, parientes predilectos, hijos de la añorada aldea y de la ciudad habitual, compañeros y camaradas de trabajo y de aficiones... para todos los que me quieren y que yo quiero; para todos los que de mí se acuerdan y que yo nunca olvido, sirvan estas líneas de explicación y de expresión de afecto.

Y sepan todos que sano y salvo y en unión de los míos, he llegado a esta tierra de promisión en donde, si es cierto que se madruga y se trabaja, no lo es menos que el fruto del trabajo es compensador y espléndido...

Me he colocado en esta ciudad en una de sus principales casas de comercio; soy de los que se levantan temprano y no traspasan y toda mi aspiración hoy, como en

la hormiga, es prevenirme un poco para el mal tiempo... para la vejez que es el invierno de la vida...

La inclinación de hormiga es muy natural en esta tierra de hormigas y de hombres-hormigas... Pero hay que reconocer que, si aquí la hormiga se dá tanto, es debido a la rica rastrojera...

Y esta expresión de mi afecto (a vosotros todos los que de mí os acordais) quiero que os quede viva refrescando nuestra amistad, hasta que pueda escribiros a cada uno para renovarla o hasta que yo realice mi ideal de volver entre vosotros... ¡a mi tierra!... porque...

*Cuando mi horica me llegue,
quiero morirme en mi tierra...
¡verla al cerrarse mis ojos
y tener mi hoyico en ella!*

En el suplicio

Carta a la ilustre escritora

Sra. Da. Sofía Casanova de Lutoslawsky

Varsovia



QUÍ me tiene, bondadosa señora, en un suplicio, aunque me sonrío, quizás cuando más sufro, y aunque nadie apenas sabe de mis ayes...

Yo soñaba con una naturaleza magnífica, con bellos paisajes, más bellos que los de mi tierra, (¡qué ilusión!) y he venido a la infinita monótona pampa...

Yo era pastor de mi tribu: de mis hermanos, de mi viejecita madre, y los eché

para estas tierras de promisión, con el bello ideal de reunirnos todos en un pedazo de suelo generoso... Pero el hombre propone y Dios dispone... El rebaño anda descarrado y disuelto, abatido a la dura suerte, llamándose unas a otras las ovejas, desde lejos, con triste valido...

Yo puse el ensueño de mi alma en los libros, en los libros que entienden la verdadera vida, en los que tienen la ciencia de ella y su salud, en libros sagrados de salvación social que llevan en su espíritu la más profunda y salvadora teoría económica de la vida: la de la Naturaleza, la de la fraternidad universal... y aquí estoy amarrado a un potro de libros crueles, llenos de guarismos, esbirros inclementes perseguidores de toda paz, de toda piedad, de toda generosidad, de toda justicia munificente... Aquí estoy amarrado a estos libros catorce horas diarias, añorando siempre los otros, suspirando por ellos y sin poderlos mirar siquiera... ¡Cuándo podré deleitarme con los suyos!...

Y, para terminar, aquí me tiene, señora, suspirando por dos madres y lejos de las dos: la patria, de la que salí con reniegos, como todos los buenos hijos que sufren de ver sus desdichas, y al otro lado de los Andes aquella viejecita que pena tanto porque no puede, como quisiera, (clueca celosa) reunir su pollada toda sin faltarle un hijuelo.

Sean estos ayes justa correspondencia a quien como Ud., señora, también sangra por las mismas heridas y también suspira tan dulcemente.

Bases de robusta nacionalidad



ABLÁBAMOS de la actual decadencia española y del rápido engrandecimiento de la República Argentina...

Alguien dijo:

— Antes emigraban los más humildes, los más pobres; hoy, en cambio, la emigración se encauza rápidamente por vías de progreso; y es, sencillamente, un resultado plausible de la vida moderna, en que los hombres, con la facilidad de transportes y comunicaciones, van desde un continente a otro lo mismo o más fácilmente que antes desde una a otra provincia.

El viaje al nuevo mundo, que en otro tiempo había que meditar gravemente, que arredraba los ánimos, que ponía en los hogares luto de ausencias «para siempre», hoy es una cosa sin importancia, que la mayoría de las gente va reconociendo.



Es nuestro compañero de viaje un dependiente de una importante casa comercial que tiene establecimiento en Madrid y en Buenos Aires simultáneamente; este dependiente desempeña un cargo de confianza y hace todos los años un viaje de Madrid a Buenos Aires, atiende al trabajo de uno y otro establecimiento y lo mismo lo encontramos en el de Madrid que en el fastuoso de una de las principales vías de la metrópoli argentina.

Va también con nosotros un modesto comerciante de la provincia de Gerona, que atiende su diendecilla en el pueblo y que

allí mismo lleva unas tierras. Este hombre, a excitaciones de unos hermanos suyos que tiene en América, hizo un viaje de exploración allá, dejando a su familia al frente del trajin de las tierras y de la tiendecilla, y regresó a los tres meses... A poco enviaba a su hijo mayor a la nueva tierra explorada, después al otro hijo; luego, y por cuenta de este hombre, adquirirían sus hermanos un lote de tierras, que el mayor de los hijos plantaba de viña, y ahora este hombre hace el segundo viaje a inspeccionar la viña, a ver de que especies convendrá hacer el injerto y a probar en el campo mercantil algunos artículos que lleva de muestra. Si las cosas marchan bien, como así confía, entonces este hombre regresará brevemente a España a recoger la cosecha de sus tierrecillas y quizás más tarde liquide totalmente la tiendecilla y hacienda y trasplante a América por completo a su familia.

Nos acompañan, así mismo, un editor que tiene su casa en Barcelona y que está

constantemente en el camino de América, en las ciudades argentinas y en la ciudad condal; familias que hacen casi todos los años viajes de recreo a Europa y que buscan a cada instante, como una cosa sencilla, un clima templado o una playa elegante en uno o en otro continente; y entre otra multitud de viajeros, que cruzan igualmente el mar sin pavorosas preocupaciones y sin darle importancia al viaje, va sola una jovencita lugareña de la provincia de Soria, que envían sus padres a casa de unos parientes en las tierras americanas..

Y ya, con esta facilidad de trasportes y comunicaciones; con esta despreocupación de peligros y pavorosas ausencias «para siempre», no son las últimas capas sociales, precisamente, las que emigran a América, sinó elementos valiosos que despiertan a una nueva vida: los braceros animosos a quienes no les arredra el mar y ponen fé en el esfuerzo del brazo; los obreros reflexivos que llevan la confianza emanci-

padora en sus conocimientos profesionales; los especuladores inteligentes que no tuvieron por límite y frontera un mostrador de mezquino y sórdido chavero; los hombres de ciencia abarcadores de amplísimos horizontes; los artistas soñadores de una teoría universal; los rebeldes, los arrogantes, los alentadores, los optimistas... todos, en suma, los que protestan enérgicos de una vida de afrentadora inercia ante circunstancias críticas de necesidad y de apremiantes resoluciones.

En la actual emigración se repite el caso del hombre de trabajo que medita serenamente su traslado a nuevas tierras, que lee, que se informa por la prensa, por la geografía, por la guía del emigrante... Este hombre de trabajo, este emigrante, no es un desordenado aventurero, hombre sin familia, de conducta ambigua, quizás con la mancha del delito... Ni siquiera este emigrante es tampoco, en muchos casos, el obrero sin trabajo, que el temporal de una vida de miserias le hace arribar a

otras playas... Y este hombre de trabajo ya no va a la buena de Dios, a lo que saliere: sino que procura orientarse y capitaliza, antes de partir, sus facultades y sus fuerzas, dándose el feliz ejemplo de hombres que, en su viaje a América, ponen más confianza en la fuerza del brazo y en la facultad profesional, que otros en algún pequeño capital que llevan como única defensa.

Afortunadamente, va estando en la conciencia de todos que aquel esfuerzo del brazo, que aquella facultad profesional, son valores cotizables en el mundo entero... ¡capital inagotable!

Y estos elementos valiosos, que en gran número hoy marchan a América y que mañana, despiertos del todo a la vida moderna, irán en legiones, llevan, además de su ideal de laboriosa colmena, además de la exaltación redentora del trabajo, una condición de robusta moralidad y base principal de toda nacionalidad fuerte: su

amor a la familia, su religión del hogar. Hemos confirmado ésto en nuestro viaje: la mayoría del pasaje, en el transatlántico que nos lleva, se compone de mujeres casadas, sin sus esposos, de multitud de niños y de bastantes ancianos... ¿A dónde van estos elementos débiles? A reunirse con los fuertes. Los hombres de trabajo llaman a sus familias y plantan con ellas en el continente americano, actualmente y para un luminoso próximo porvenir, la base de una sana y grande nacionalidad.

Esos grupos fuertemente apiñados, como piña de amor, compuestos de hombres de su casa, de esposas fieles y fecundas, de niños nacidos y criados en un ambiente de cariño y de trabajo, de ancianos queridos, objeto de veneración y respeto, son hogares enteros, indestructibles, que se trasplantan y que se ramificarán multiplicándose infinitos en las nacionalidades americanas...

Y la nacionalidad que tenga por base la

inmigración de hombres laboriosos que practiquen el amor a la familia y la consagración del hogar, será próspera é indestructible.

Covadonga de la raza



*T*IERRA América!
Cariñosa, buena hermana,
que opulenta y generosa tus robus-
[tos brazos abres
a los hijos de la noble venerable ma-
[dre España.

¡Tierra América!
¡tierra próspera! ¡tierra grande! ¡tierra hidalga!
Covadonga del mermado suelo hispano...
¡Covadonga de la raza!

Los que más amor pusimos
en la augusta madre patria...
los que vienen amargados,
al dejarla
triste, pobre,
sin alientos ni esperanzas...
a tí llegan

*llena el alma
de su imágen dolorida...
de su imágen adorada...*

*¡Ay la huerta, tan florida, bello amor de mis can-
[tares!...
¡ay la hermosa majestad de las palmeras, tan ga-
[llardas!...
¡el abrigo de los huertos perfumados!...
¡el caudal de las azarbes misteriosas y calladas!...
¡ay qué tristes, silenciosas y vacías,
como nidos de emigrantes golondrinas, las barra-
[cas!...*

*Han huído los cantares y las risas y alborozos
y los sones de guitarra,
de las fiestas y los bailes que tuvieron sus reales
a la sombra de las parras...*

*Hemos visto
de las tierras esquilgadas,
emigrar los hombres fuertes, por el hambre fusti-
[gados...
¡hemos visto la siniestra y abatida carabana!...*

*Y a tí, América, llegamos,
soñadores que un ensueño acariciaban,*

*¡oh, felices! aun viviendo aquel ensueño acariciado
de ver una poderosa raza hispánica . . .*

*Como aquellos soñadores de aventuras,
de conquistas y tesoros,
que arribaron a tus playas,
a tí, América, venimos los inquietos, los poetas de
[la vida,
¡forjadores de ideales y esperanzas!*

*Somos esos: los indómitos:
los que no nos sometemos a las rancias
tradiciones de humildad y de pobreza,
pereciendo en la vetusta hundida casa . . .
los que inermes no podemos
humillarnos a la bárbara
invasión de la miseria,
del atraso y la ignorancia . . .
Somos esos: los indómitos que venimos a tí, Amé-
[rica,
roca viva, Covadonga de la raza!*

*¡Covadonga! . . . ¡Sí tú eres Covadonga!
En heroica reconquista grande y santa,
nuestros hijos, nuestros nietos,
luego vayan
a la noble
triste España
y sus campos, hoy baldíos,*

*labren hondo con tus máquinas
y hagan de ellos
poderosas tierras bravas;
y también labren sus muertas leyes fósiles y nutran
vigorosa la raquítica enseñanza,
y que siembren tus progresos,
tus alientos laboriosos, tus fecundas democracias!...*

*¡Tierra América,
noble hermana!
Somos esos: los inquietos, los poetas de la vida
¡forjadores de ideales y esperanzas!*

Año 1907, al decidir mi viaje a América.

El ombú

SALUDO A LA CIUDAD DE BUENOS AIRES



*E han contado que en la pampa, so-
[litaria é infinita,
se destaca, como un punto de espe-
[ranza, en el azul
del horizonte remoto,
el ombú . . .*

*y que, al gaucho que cabalga sobre
[el caballo rendido,
calmándole su inquietud,
le guía como en los mares en la noche tenebrosa
al navegante una luz . . .*

*Y es que al gaucho allá le llevan, al amparo de la
[fronda,
la alegría, los fervores, la quietud:
es la hacienda que sesteá, es su rancho, son sus
[hijos,
son, acaso, los piadosos dulces brazos de una cruz,
que señalan unos restos venerados . . .*

son, tal vez, unos amores,
añorados al acorde de un laud . . .

Ciudad bella, Dios te guarde; ciudad mágica atra-
[yente,
de la América del Sud?
yo te he visto en el desierto de mis tristes desen-
[gaños
y me has dado alientos tú.
A tí llego como gaucho melancólico
que le llevan ilusiones . . .
¿eres, acaso, el ombú?

El paisaje



N mi juventud yo había leído ansiosamente algunos libros de viajes que dejaron en mi espíritu un deseo inaplacable, como una sed ardiente, de vivir y contemplar extasiado los paisajes del trópico, las selvas vírgenes, los caudalosos e inmensos ríos, las maravillosas cataratas, las cimas coronadas de volcanes...

A falta de aquellos paisajes con los que soñaba más intensamente en los rosados días de la mocedad, veía en el teatro las luminosas y brillantes decoraciones de «La Vuelta al Mundo», «Los Sobrinos del Capitán Grant», etc. A falta de aquellos paisajes, miré los de mi tierra natal, querien-

do imaginarme selvas en los espesos *cañares* de las orillas del río, cataratas magníficas en las espumosas azudes, cumbres llenas de precipicios, de profundas cavernas y de riscos inaccesibles, en los cerros que rodeaban mi aldea...

Quizás aquellos paisajes de la tierra natal eran tan bellos, tan espléndidos, como los soñados, acaso más todavía; pero entre mis ilusiones pasaban los años y perduraba aquélla: la de contemplar paisajes de ensueño, paisajes lejanos, paisajes de la salvaje y feraz naturaleza, en donde el hombre no profanó su encanto, ni mancilló su virginidad...

Y era el deseo, el eternal deseo, extasiador y vivo, mientras no tiene aquella triste muerte del desencanto: la realización.

Por fin, un día crucé los anchos mares hacia la Oceanía y contemplé, de cerca y con mis propios ojos, aquellos paisajes que la ilusión veía tan lejos y tan bellos... La ilusión los había visto más bellos que aquellos humildes y conocidos de la tierra

natal... Y eran bellos éstos de las lejanas tierras de la Oceanía; pero ya estaban vistos, ya estaba saciado mi deseo en ellos y entonces, pobre de mí, eterno soñador, la tierra natal estaba lejos, sus paisajes lejanos... ¡ya no los veían los ojos, los veía la ilusión!...

Entonces sentí el amor más grande del paisaje, el ansia más inaplacable de tierra lejana; ansia de la tierra en que hemos nacido como una planta más, amor al paisaje en donde nuestros ojos se abrieron a la luz por primera vez... Entonces sentí la nostalgia, la *murria*, la mortal melancolía de la planta que echa de menos su tierra, su sol y su agua, ¡siendo todo, como es, la misma tierra, la misma agua, el mismo sol!...

Y entonces, sintiéndome enfermo, yo decía:

*Llévate esas flores...
Pa olorcico suave, aquellos rosales,
aquellas alábegas...*

*Llévate esa copa...
 Pa apagar la sequía que tengo,
 me tenías que dar una jarra
 de aquellas tan limpias
 que están corgaicas debajo e las parras...
 de aquellas tan frescas
 que, gotica a gotica, tresmanan..*

Y sintiéndome morir:

*Pue que el olorcico de los azadares
 me resucitara...
 Díles que me lleven,
 aunque llegue ya muerto a mi casa...
 Que aquella ropica
 que en lo hondo del arca
 arzaica me tiene mi madre,
 me la pongan siquiá de mortaja...
 que me abrigue mi cuerpo mi tierra...
 ¡mi tierra del alma!*

Pude volver a la suspirada tierra: sus costas me parecieron regazo de madre que me aguardaba; temblando de emoción, pisé su suelo como suelo sagrado... Y bebí

sus paisajes... ¡Oh, benditos añorados paisajes!...

*Tierra de mis albores,
encantadora
tierra de mis amores
en donde llora
la madre mía...
huerta de Murcia,
¡gérmen de poesía!...*

Me emborraché de luz y de colores, contemplando estático, desde las empinadas cumbres, el panorama encantador de la huerta: la tierra, la fecunda agradecida tierra, bella como un soberbio tapiz de verdor y flores, bordado por la labor primorosa del huertano que, más que esfuerzo, parece que fué poniendo cariño en su labor delicada... Y el soberbio tapiz, orlado por la cinta de plata del río, sembrado de casitas blancas entre naranjos en flor, y salpicado de palmeras altivas, flexibles, gallardas, que conservan en la morisca tierra aquel aristocrático abolengo oriental...

Pero ¡oh, eterna volubilidad humana! el espíritu inquieto pidió nuevos viajes, contemplación de nuevos horizontes... Se había asomado un poco al Egipto, a la Arabia, a la India, al Asia, a la Oceanía; pero quedaba por ver América: la ondulada tierra del Uruguay, la inmensa pradera de la pampa Argentina, las selvas de Misiones, las cataratas maravillosas del Iguazú, los bosques inexplorados del Paraguay, poblados de pájaros de brillante plumaje... Atraía aquella anchura extraordinaria del estuario del Plata, atraían las caudalosas corrientes del Paraná, del Uruguay, del Paraguay, con sus yacarés tendidos al sol en la arena, con sus bandadas innúmeras de aves acuáticas... Luego también queríamos ver la quebrada tierra de Chile, desde las eminencias de los Andes, y llegar al alto Perú y bajar por las corrientes del Marañón y del coloso Amazonas, viendo las gigantes cas selvas sumergidas en los misterios pavorosos del Gapo...

Y así, con una sed insaciable de paisajes y de naturaleza, queríamos subir por el Magdalena, rindiendo nuestro tributo de admiración a la bella Colombia, país de las montañas y de los ríos, país de todos los climas y de todas las flores, y bajar luego a las azules costas del Pacífico, extasiándonos en la poesía y magnificencia de Costa Rica, Nicaragua, etc., hasta tocar la brava tierra de Méjico y el encanto alucinador de las Antillas...

Y con estos sueños de alma aventurera, echamos alas y tendimos otra vez el vuelo. Rápidamente hemos acariciado la costa uruguaya, hemos cruzado la anchurosidad del Plata y hemos recorrido la reseca polvorienta dilatada pampa, haciendo una breve parada de tren en el oasis de las sierras de Córdoba y un alto indefinido, por accidente de la vida, en las ciudades de Buenos Aires y de Rosario de Santa Fe...

Y aquí estamos, como pájaro volador é impaciente preso en estrecha jaula, no

pensando más que en la coyuntura para alzar el vuelo.

Estamos alrededor de una mesa en un magnífico hotel y hablamos de ésto: del paisaje.

Yo he contado mis ansias de naturaleza, mis desencantos, mis decepciones y he manifestado este anhelo indecible por la tierra natal, ahora otra vez que se halla lejos... esta sed inaplacable de un paisaje lejano, ideal, que va como un bello espejismo en nuestro espíritu...

Y siento ahora exacerbado como nunca (he dicho a mis acompañantes) este afán por el terruño; comparo constantemente aquel paisaje con el que aquí me rodea y siempre encuentro una diferencia desfavorable a éste. Bien sé que, al juzgar, pecho de notoria injusticia: todo consiste en ese estado de nuestro espíritu que trato de demostrar... Paseo por los alrededores de la población; son pintorescos; hay huertas pobladas de frutales, de aquellos mismos frutales de mi tierra: higueras, duraznos, pe-

rales, ciruelos... Hay también maizales idénticos, casitas con parrales a la puerta; todo igual. Están las mismas rosas en los jardines, los mismos jazmineros, las mismas alábegas... Orlan los caminos plátanos, eucaliptus, álamos de plateadas hojas... Sombreadan las acequias los verdes y frescos cañaverales... Nada falta; revuelan las palomas, cantan los jilgueros, picotean los gorriones... Yo, sin embargo, siento un frío de orfandad; no me tiro en el suelo sobre la hierba: parece que no me inspira confianza... ¡no es, efectivamente, aquel regazo de madre!... Parece que en el olor de la tierra, en el ambiente, en las frutas, en las flores, se nota otro sabor... Además, aquella tierra nuestra es quebrada y los accidentes del terreno dan la novedad del paisaje a cada instante. Por el contrario, la monotonía de esta llanura infinita es abrumadora... Menos mal, cerca de los poblados en donde hay algunos arbolados... pero ¿y la reseca polvorienta pampa con

su duro eterno invariable pasto?... Leguas y leguas y leguas siempre igual: algún ranchito de techo bajo, más achatado todavía en la inmensa extensión, y el horizonte, como en el mar, siempre rígido, cortado enfrente por una línea recta!

Un compañero de mesa, joven, idealista, de alma soñadora, me escucha muy atento este final y sonrío... después me dice:

—Vea usted lo que son las cosas; ese es mi paisaje. Yo he nacido en la pampa y he vivido en ella veinte años sobre mi caballo... Las circunstancias de la vida me han traído a la ciudad, alejándome años y años de la desierta llanura... Mi ilusión, mi nostalgia, mi *murria*, es volver a cabalgar sobre mi caballo por la pradera infinita todo un día entero, hasta ver ocultarse el sol en aquella línea recta del horizonte; hacer noche en un rancho o en un almacén, achatado y perdido en aquella inmensidad, y al día siguiente ¡volver a cabalgar por la pampa inacabable, teniendo siempre

enfrente aquel horizonte rígido!...

Yo he comprendido, entonces, la exaltación, el ansia deleitosa de aquel paisaje de la gran llanura. Aquél es el paisaje de aquel hombre, como el de mi tierra natal es el mío... En aquel paisaje, para mí monótono, triste, desolador, aquel hombre vive una alegría de la vida, una poesía, un perfume... Y es que todos llevamos en el alma nuestro paisaje, nuestro bello espejismo.

Las islas verdes

DESDE UNA CIUDAD RECTILINEA



ESTOY en Rosario de Santa Fé, la tarde de un Domingo, sobre la barranca, frente a las islas verdes del Paraná, brillantes, alegres, como esmeraldas vivas nunciadoras de esperanza...

Aquí en Rosario ya me han dicho varias veces:

—Rosario es la ciudad de la América del Sur en donde más se trabaja.

—Rosario es la ciudad más yanqui del la América del Sur.

Esto me pone melancólico frente á las islas verdes...

Y recuerdo, entonces, que un hijo de aquí, un hombre joven, pero ya envejecido, envejecido en veinte años de incesante trabajo de escritorio, me decía:

—Sí, se trabaja mucho, quizás demasiado, acaso ciegamente. Y continúa:

«...Yo no he descansado en veinte años ni un solo día, y estoy aniquilado, con un ansia de descanso indecible... Y cuando descanse, ya no gozaré: ¡será como cuando se cae rendido!...

«Aquí padecemos la fiebre de ganar, de *hacer plata*, sin darnos cuenta de que perdemos, en la desenfrenada carrera, algo más precioso: la juventud, el saboreo de vivir las dulces horas de contemplación y reposo...

«Por estas calles rectas é inacabables corren los coches, los tranvías, los automóviles frenéticos... Pocas gentes caminan a pié; hay que llegar en breves minutos, comer apresuradamente y partir de nuevo al trabajo... Apenas habréis podido

mirar en derredor vuestro hogar, enteraros de esos pequeños importantísimos detalles de la vida casera, echar una ojeada sobre un libro o pasar la mano por el teclado de un piano, ni casi besar a vuestros hijos... Falta siempre tiempo para todo y, además, uno va agobiado de las cosas que hay que hacer...

«No me preguntéis—dice aquel hombre, con un gesto triste—cosas de esta ciudad en que he nacido y en la cual he vivido siempre: conozco casi únicamente las calles que cruzo a diario en el tranvía y algo de los alrededores, muy poco. Como hasta las fiestas trabajamos medio día, no podemos hacer excursiones, sobre todo en esas bellas horas de la mañana, frescas y resplandecientes de sol... Además, el agobio diario de siete de la mañana a ocho de la noche, nos agota, nos deja sin energías, sin entusiasmo, sin gusto para nada...

«Se trabaja mucho, sí, se gana mucha plata; pero ¿para qué? No hay una finali-

dad bien definida, ni una inclinación delicada en la generalidad de las personas; y en medio de estas gentes exaltadas por el cálculo y el trabajo, se siente un frío de soledad, de vida estéril... »

Parecía así en efecto; la ciudad es rectilínea y así, en ella, es la impresión de casi todo: ni la vida popular ni las diversiones tienen característica; falta esa alegría, ese calor humano de los viejos pueblos que viven sus tradiciones, sus inclinaciones especiales y sus fiestas típicas.

Quizás esta manera de ser individual, en esta ciudad de gran mezcla cosmopolita, forma una masa popular retraída, fría, que se encierra en su negocio y en su casa los días de fiesta por la tarde, concurrendo escasamente al parque y a las partidas de foot-ball, carreras de caballos etc. Debido a ello, me han parecido desanimados, de una sosería insoportable, espectáculos que en otros países son motivo de animación y concurrencia, de expansión

y de alegría, descollando en ellos la juventud y la nota riënte y bella de las mujeres con la riqueza y variedad de sus trajes, con sus sombrillas de tonos vivos, con sus abanicos inquietos...

¿Es porque estamos en el invierno de acá? ¿Es que no he penetrado todavía en las intimidades de la ciudad?

Otro amigo me ha hecho la siguiente observación:

«Repare usted en que el área del Rosario es inmensa: es una ciudad rectilínea, de edificios en su mayoría de una sola planta: resulta difícil que los habitantes de un extremo se reúnan mucho con los del otro, a pesar de los rápidos medios de comunicación...

«Sevilla viene a tener el mismo número de habitantes que el Rosario; pero está hecha una piña: así, aquel pintoresco y alegre hervidero de gente... Además ¿qué son sino elementos de los viejos pueblos, las masas inmigrantes que concurren aquí y que componen el gran núcleo?...

«Pero es que cada uno de aquellos viejos pueblos de Europa viene a ser una numerosa dilatada familia; y aquí, por el contrario, se compone la masa de múltiples familias, extrañas unas a otras, opuestas en tradiciones y gustos... unánimes, tal vez, solamente en que concurrieron a este suelo pródigo, a esta tierra hermosa, a un solo fin: el de *hacer plata*.»

En el amargo sabor de esta consideración final, recuerdo, sin embargo, que Rosario es una ciudad muy urbana, muy limpia... que funcionan mucho sus numerosos teatros, a los cuales todavía no he concurrido; que hay muchos colegios, oficiales y privados; que la Escuela Normal de Maestras y la Escuela Nacional de enseñanza superior son notables... Recuerdo que Rosario es una urbe joven, vigorosa de salud y fuerza...



Se ha hecho la hora del crepúsculo...

Próximo a donde yo me encuentro, en la esquina solitaria de una calle, una jovencita parece esperar impaciente a alguien y, en ésto, llega un mancebo gallardo, de atezada tez y pelo negrísimo... La jovencita es rubia, linda, quizás hija de alemán y criolla. El mancebo es sin duda criollo, de origen indígena... Se estrechan las manos; ella parece que le reprocha, pero sonríe tiernamente... desaparecen juntitos...

En seguida pasan también tres mozos con vihuelas; van presurosos y alegres.

Aquella pareja amorosa, aquellos mozos de las vihuelas, son un perfume de vida íntima... quizás el perfume de una planta de violetas, ignorada en la bravura de la selva... Aquella planta será el gérmen de una vida intensa de popular amor y alegría, de una vida intensa y delicada y viva, agena al exclusivo y loco afán de *hacer plata*...

Con estas reflexiones, mi melancolía se endulza frente a las islas verdes del Pa-

raná que, iluminadas por la naciente luna,
parecen sonreírme calmando mi inquietud.

La sequía

*Los campos asolados...
 las tierras traspillás, sin que les entre
 la punta del arao, ni que en ella
 agarre ni un granico de simiente...
 las matas retorcífas
 y los árboles, muertos... ¡naïca verde!...
 sin pastos y sin charcas ande beban,
 los ganãos... ¡muriéndose las reses!...*



E diría que la pampa entera se retuerce angustiada en la tortura de la sed...

Un viento cálido levanta en la extensión de la vasta llanura densos y cegadores remolinos de polvo...

Dentro de sus rediles de espinoso alambrado, enflaquecida, extenuada, muge de

hambre la *hacienda*... En vano husmea el requerido pasto... ¡ni rastro de él quedó en la rasa pradera, reseca y polvorienta como los trillados caminos!... ¡A falta de alegres verdores, nuncios de vida y esperanza, resaltan en la llanura los manchones oscuros de las derrumbadas desfallecidas reses, y las osamentas blancas, nuncios de muerte y desolación!...

La pertinaz sequía paraliza los brazos sembradores, desalentados ante el ancho campo de cultivo, duro y torvo como maldecido campo estéril... Alguno que otro arado araña dificultosamente la dura corteza levantando agrios apelmazados terrones...

Y la sequía, *la seca*, como un pánico silencioso, llega de los campos a las ciudades y entra a los espíritus...

Se encarece el préstamo y el crédito sobre la futura cosecha, afilan sus garras los buitres de la especulación al acecho de la carroña, tiemblan los pobres viendo que sube el pan, que suben las hortalizas,

la carne, la manteca, la leche para los niños...

A la puerta del rancho, tiene el colono fija en el cielo la suplicante mirada en demanda de la lluvia bienhechora...

El estanciero pone su pensamiento en aquellas codiciadas islas de la provincia de Entre Ríos, siempre verdeantes, llenas de jugoso pasto, privilegio y refugio de algunas *haciendas* afortunadas, en los años de *seca*...

Y hácia los vergeles entre-rianos, pasan y pasan bandadas de pajarillos, tendiendo presuroso vuelo, piando melancólicamente como huyendo despavoridos...

La fé se quebranta; entre los hombres que pusieron sus esperanzas en el cielo y en la tierra, hay negros vaticinios:

—Morirá toda la hacienda.

—Los linos están perdidos irremisiblemente.

—Dudo que se pueda sembrar el trigo.

—Los pastos nacerán tarde y desmedrados.

—¡Se va á perder todo!...

Después hay algún optimismo consolador:

—Los años en que se sembró con *seca*, fueron los mejores. Es de esperar una cosecha hermosa. Perderá la ganadería, es cierto; pero ganará mucho más la agricultura...



Parece que el cielo ha tomado parte en la tribulación de los espíritus, parece que se ha enternecido al fin y, como si llorase, llueve... llueve... una lluvia menudita...

Viendo el agua provechosa, dice un rico alegremente:

—¡Esto es oro!

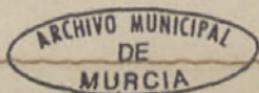
Y un pobre replica suspirando:

—¡Esto es pan!

.....

*Agua de los cielos, vida de los pobres,
¡santa bendición!*

Rosario de Santa Fé, Mayo 1909.



Siempre la patria

A CÓRDOBA



*O escribo estos versos
cuando aun no te he visto;
pero que eres bella...
y docta, me han dicho.*

*Yo al venir a América, soñaba paí-
[sajes*

*y vine a la Pampa... Mas alguien me dijo,
para consolarme,
que tu sierra, Córdoba, era un paraíso.*

*Yo quería verte,
yo soñaba, entonces, Córdoba contigo...
Y qué gratamente
después he sabido
que tú quieres verme también, que deseas
escuchar mis versos, mis versos sencillos...
Dicen que me aguardas...
¡y yo que soñaba, Córdoba, contigo!*

*¡Cómo agradecerte!...
Yo quiero decirte
algo en que se envuelva, Córdoba, un cariño:
Yo quería verte, Córdoba la bella,
¡y al fin voy a verte!... ¡Por eso te escribo,
Córdoba, estos versos
cuando aún no te he visto!*

*Yo vine a la Pampa:
mi alma ha sentido
de la inacabable llanura monótona
el tedio infinito...*

*Y he soñado, Córdoba,
como en un poético venturoso asilo,
con tu sierra abrupta,
con tus aguas límpidas,
con el aire sano de tus altos riscos...*

*¡Dios te guarde, Córdoba!
De lejanas tierras soy un peregrino;
de lejanas tierras que me evoca tierno,
sonándome a patria, tu nombre morisco.*

*¡Dios te guarde, Córdoba!
Dicen que eres docta: yo me felicito
porque, siendo docta, serás indulgente*

*con el peregrino
que va a recitarte, con un dejo dulce
de oraciones viejas, sus versos sencillos.*

Yo le he dicho estos versos a Córdoba, y Córdoba me ha recibido con una sonrisa amable...

Córdoba, la ciudad, se parece mucho a mi lejana y añorada Murcia: vetustos campanarios, tañer de soñolientas campanas, calles desiertas y una quietud conventual... Tiene un puente como aquel puente de la Virgen de los Peligros, tiene un río como aquel río... Desde la Escuela de Agricultura, se contempla un panorama como aquel que se admira allá en la lejana tierra natal, desde las alturas del santuario de la Fuensanta... Lejanas, azules, atrayentes, en el fondo del horizonte se ven las sierras...

El paisaje me transporta... Durante unos instantes el espíritu va lejos... ¡Amor mío!... viejo terruño: el dulce espejismo de mi

alma te pone siempre delante de mis ojos en mi viaje de poeta soñador a través de estas anchas tierras de Sur América...

He estado en las sierras de Córdoba... Azules, riëntes de luz, parecía que, como aquellas montañas de los cuentos, me llamaban cuando yo las miraba estático: «Ven, que nosotras somos esa Naturaleza que tú amas y que tú buscas... Ven, que en nosotras está el reposo, el aire puro, las aguas cristalinas, el cielo límpido...»

Y así son las sierras de Córdoba: el tren nos lleva, como en brazos, para que las contemplemos mejor: nos lleva por lo más abrupto serpenteando la roca, bordeando las espumosas murmurantes aguas, que se deslizan a la sombra de sauces y mimbrés... nos lleva prudente sobre el maravilloso despeñadero, para que admiremos extasiados las altas cimas coronadas de verdor, el inmenso lago de las aguas contenidas por el dique, los rebaños tranquilos en las verdes orillas y la paz soberana e inalterable, turbada apenas por alguna

bandada de loros chillones o el revuelo de los patos silvestres...

Al regazo de estas sierras, regazo de madre eternal, van en demanda de asilo tristes enfermos tuberculosos, que pasean su melancolía por los valles de Santa María y de Cosquín, buscando, en el aire puro y en el clima tibio, un aliento más para darlo a la preciosa vida que sienten acabarse como un día bello de primavera en un crepúsculo fugaz...

Allí he pasado unas horas y allí también ¡oh, constante amor mío, viejo terruño! me acompañaba tu recuerdo que, en mí y conmigo, va como la propia sombra...

Allí estabas tú, lejana patria: nos detuvimos a almorzar en una casita: el dueño de grandes bigotes rubios, me pareció inglés, la mujer italiana y la hija, una señorita, argentina... Mi acompañante ordenó el almuerzo: nos sirvieron una paella, tomates crudos con sal, sandías y uvas... Era una familia de españoles, incluso la

hija: eran los tres, valencianos...

A la caída de la tarde regresamos de las sierras, vamos hacia Córdoba... Yo recuerdo un viaje que hice en mi juventud allá en la vieja patria... Entonces yo también iba a Córdoba... a Córdoba la morisca... la ciudad de la mezquita maravillosa... Yo iba entonces a Córdoba y cruzaba también aquellas otras sierras de Córdoba, caminando en un tren que iba culebreando sobre despeñaderos, en cuyo fondo corrían aguas espumosas y murmurantes... «Adiós Málaga la bella...» dicen en un cantar y también «Adiós Córdoba la bella...»

¡Adiós, Córdoba!

Termina nuestra excursión y retornamos a nuestro hogar, camino de Rosario de Sta. Fé... Un calor de treinta y tantos grados y un polvo denso, que convierte la Pampa en un Sahara, nos asfisan... Los pastos resecos por una pertinaz sequía, arden en leguas y leguas de llanura...

En esto, nos acercamos a Pilar, que verdea en aquel desierto como un oasis, y un oasis es Pilar efectivamente. ¡Viejo terruño!... En cuanto el tren llega a esta estación, lo asaltan multitud de vendedores de frutas que presentan en lindas rústicas cestitas de mimbres.

Es un chorro fresco de bullicio y alegría como en las estaciones de aquellos pueblos del mediodía de España... Es una primavera de colores, de aromas, de acentos femeninos e infantiles... Una niña morena, de grandes ojos negros rasgados, ofrece en alto una canastita rebosante de aterciope-lados duraznos; un viejecito, que me evoca mis viejecitos huertanos de Murcia, me brinda la opulencia de un exquisito y monumental melón valenciano, que compro y perfuma todo el vagón... Y los demás viajeros compran sandías, cestitas de higos, peras espléndidas y uvas hermosísimas...

Marcha el tren... El encanto de las fru-

tas, que llenan el vagón por todas partes, y el dulce aroma de ellas, me transportan lejos, me aduermen en un feliz ensueño...

Luego pregunto:

—¿Cómo este espectáculo tan bonito, de la estación de Pilar, no se repite en otras estaciones?

—Es peculiar de aquí, —me dicen— porque Pilar se compone de una colonia andaluza que importó esta costumbre.

Ese era el misterio, ese era el encanto ..
¡siempre la patria!

Ah, ráfaga de la tierra, de la lejana tierra... bendita ráfaga que me haces estremecer en el calofrío de mi ternura por el viejo terruño...

¡Oh, montañas que evocáis sus montañas, frutas que evocáis sus frutas, flores que evocáis sus flores, nombres, cantares que evocáis sus cantares!... ¡Adiós, Córdoba!...

*¡Dios te guarde, Córdoba!
de lejanas tierras soy un peregrino;*

*de lejanas tierras, que me evoca tierno,
sonándome á patria, tu nombre morisco.*

Discurso en Córdoba.

Señores, amigos:

Es muy grande mi honor al ser presentado a vosotros de una manera tan brillante y con una generosidad tal de alabanzas y encomios, como lo ha hecho el Sr. Francisco Rodríguez del Busto, al cual quedo obligado con profunda gratitud.

Es muy grande mi honor al verme ante vosotros que me habéis dispensado tan bondadosa acogida y que habeis, avalorándolos así, concurrido a escuchar mis versos humildes.

De todos vosotros: (de vuestra bondad, de vuestra galantería, de vuestra cultura exquisita,) guardaré entre mis cariños el

más dulce recuerdo.

.....

Creo que sabéis que soy un poeta sencillo como mis versos... creo que sabéis que mi vida es humilde y oscura... Trabajo casi todas mis horas en labor bien ajena a toda poesía y, por falta de tiempo, y, quizás también, por falta de inclinación, vivo alejado del ruido y pompa social y de la aparatosa exhibición con que algunos, no los mejores ni los más sinceros, avaloran su intelectualismo... Soy más poeta cuando estoy más solo, cuando hago menos versos, cuando menos me conocen...

Esta condición mía de inclinaciones sencillas y de alejamiento del mundanal ruido, trae consigo el que, en actos tan honrosos para mí como éste, me encuentre tímido, falto de expresión, encortado, como dicen por allá en el terruño... Cortedad, que en mi tierra se alaba como condición de pudor, de vergüenza...

Y no es que no me agraden estos actos;

todo lo contrario: los deseo. Pero los deseo íntimamente familiares y celebrados, como un culto divino, por sinceros y buenos creyentes.

En este sentido yo os ruego, señores, amigos, que excuseis que no venga a vosotros con un bello discurso, que no lea mis versos humildes de una manera magistral... Procuraré, eso sí, y esto es lo que quiero, que llegéis á sentirlos. Sentir: esta es mi teoría de la vida. Cuanto más siento, más vivo; mi gloria es hacer sentir; mi deseo, en mi amor humano, es hacer sentir a los demás.

Esto que os digo de mi humilde personalidad, lo vais a ver corroborado en mis versos, que marcan las huellas de mi vida: yo, mi vida, mis versos, somos una misma cosa.

*«Yo canto siempre
y es una sola canción mi vida...»*

En acto cultísimo como éste, celebrado en Rosario de Santa Fé, marqué con algu-

nas de mis composiciones *La Ruta del Poeta*.

La lectura de esta noche la titularé *Mi vida*, y haré pasar ante vosotros, comenzando por un saludo ingenuo a Córdoba, los amores de mi juventud, impregnados de un perfume triste de cosas muertas; la huerta luminosa de las orillas del Segura, mi tierra natal, con sus mozas candorosas y sus mozos bravos, sus pasiones ciegas, sus supersticiones y su fé sencilla... sus dramas y sus cuadros desolados... Haré pasar ante vosotros mis rebeldías en ansia de justicia, la placidez de mi hogar, en cuadros idílicos, mi predilección por las canciones populares e infantiles, y terminaré con los consoladores optimismos de mis canciones de esperanza y la insacudible *murria*, que nos torna enfermos de amor por la lejana vieja patria querida...

Escuchad, pues, mis canciones con indulgencia.

Marcelo Martínez, apóstol en acción

Cerró los discursos el más sentimental de los poetas españoles, pronunciando el siguiente:

«Vengo entre vosotros como á unas bodas: unas bodas del capital y la clase proletaria... ¡ benditas bodas !

Las bodas, cuando no tienen su más alto fin, el del amor sublime y fecundo, responden casi siempre á loables aspiraciones: entre reyes, á evitación de guerras; entre poderosos, consolidación de fuerza; entre razas distintas, cooperan á la, por los buenos soñada, confraternización universal.

Pues estas bodas á que yo me imagino asistir entre vosotros, amigos míos, tienden a la más bella de las aspiraciones: la formación de una gran familia obrera que viva en el amor fraternal y en el trabajo fecundo.

Sí, yo he venido entre vosotros a unas

bodas, a éstas, a unas bellas, espléndidas, populares bodas democráticas del capital y la clase proletaria.

Y en estas bodas, sobre todo en estas bodas populares, hay trovadores: pues bien, yo quiero honrarme siendo vuestro trovador, quiero honrarme enalteciendo el acto generoso de mi bondadoso amigo Marcelo Martínez, el cual espontáneamente asocia con él a los obreros de sus talleres y celebra nupcias de hermosos, cristianos ideales realizados, ideales de redención social: quiero honrarme augurando frutos de bendición, hijos de esta unión feliz del espíritu generoso e inteligente y del brazo fuerte, laborioso y honrado; y a más yo, trovador popular, yo, soñador de futuros tiempos de fraternidad y paz universales, quiero remozarme en estas bodas a que me imagino asistir, con vuestro júbilo, con vuestras ilusiones y con vuestras redentoras esperanzas.

Sea, pues, mi felicitación, mi enhorabue-

na, una humilde hoja en la gloriosa corona que merece un hombre bueno y honrado como Marcelo Martínez, que siembra en las fecundas tierras de América la práctica cristiana del más humano y fraternal socialismo.

Marcelo Martínez marca rigurosamente la ruta de los modernos redentores: ¡basta de teoría... ¡acción, acción!... ¡basta de predicaciones!... no hay que predicar: ¡hay que dar trigo!

¡Brindemos por el apóstol en acción Marcelo Martínez!

Los bellos nidos

«ERMITAS DE CÓRDOBA»



*IDO del alma,
CAPILLA DEL MONTE
en el recogimiento misterioso
de las primeras sombras de la noche..*

*Nido de ensueños,
CAPILLA DE LOS DOLORES...
ilusión y esperanza,
del alba a los primeros resplandores...*

*Palmeras, remembranza de Judea
entre los sacros montes . . .
lugares de divinas
meditaciones . . .*

*Yo siento la nostalgia de vosotros,
bellos nidos, poéticos rincones . . .*

*pero no removido por la tragedia santa,
ni en el apartamento amargo de los hombres ..*

*Yo siento la nostalgia, y la sed melancólica
de vuestros manantiales tentadores,
hijos del drama santo y de la roca dura
y veneros de abiertos corazones ...*

*Yo siento la nostalgia de vuestros manantiales,
bellos nidos, poéticos rincones,
manantiales de amor y de alegría
y de ensueño y de paz y de ilusiones ...*

*Porque yo sería
en tí, CAPILLA DEL MONTE,
en tí, CAPILLA
DE LOS DOLORES,
no monje ...
¡sinó paloma
que, al amparo de la cruz,
arrullara sus amores! ...*

Cosecha



*UENA el silbato de una máquina
trilladora,
que lleva a cabo su febril faena
en una chacra próxima,
y en la vía cercana del camino de
[hierro,
tirando fatigosa
de un largo tren de carga,
se siente el resoplido de una locomo-
[tora...*

*Los hombres acaparan,
los hombres acumulan y atesoran:
la gigantesca parva es la montaña aurífera
y torres de tesoros son las doradas trojas...*

*En la estación vecina, en donde se almacena
el grano en elevadas pirámides de bolsas,
se para el tren y al ya largo convoy
se incorporan*

*vagones y vagones de cereal cargados
y cubiertos con anchas impermeables lonas...*

*Parte de nuevo el tren que, jadeando,
lo arrastra la titánica locomotora...
Cerca de la estación, al sol radiante
de la mañana hermosa,
quedan unos peones
que van vaciando bolsas
de maíz, que palean aireándolo
y después lo amontonan...
¡Y, sobre las cabezas de los hombres,
unas palomas
revuelan atrevidas y, de maíz, los buches
se llenan temerarias y ladronas!...*

Mendoza, ¿y tu poeta?

AMOS en el tren... Cruzamos la anchurosa Pampa... Llanura, llanura... ¡llanura y más llanura!... Llanuras infinitas pardas, pajizas, alfombradas del primitivo pasto duro... ¡Latifundios inmensos!... ¡Oh, el absurdo egoísmo de los hombres! Egoísmo hostil a todo sentimentalismo, a todo idealismo, a toda poesía. Inmensos pedazos de Pampa tristes, mudos, sin una pradera verde, sin un arbolito, sin una casita blanca... El estado precario, el bochornoso pauperismo, como una detestable mancha grasienta en lujoso traje... Aquellos campos, estériles, inactivos, y

aquel oro fecundo de las colmadas trojas arrastrado lejos de los hombres sin trabajo, de los hombres hambrientos... arrebatado por la caravana que dejó en la llanura los esqueletos de las saqueadas trojas... ¡aquella caravana implacable de sórdidas hormigas negras!...

Llanura y más llanura... Ha llegado la noche... dormitamos... el tren marcha... Un momento hemos querido ver la noche, nos hemos asomado a la ventanilla y una exclamación de grata sorpresa se nos ha escapado: ¡Hay montañas!... ¡Qué noche tan hermosa!... Efectivamente, por donde pasamos entonces, tiene la llanura una lejanía simpática: son unas montañitas que se alzan, destacándose en la noche estrellada, al trasponerse en ellas la luna... Son los cerros de San Luis... Aquella dulce lejanía nos evoca otras que quedaron en nuestro espíritu en otras tierras, en otros viajes, en otra edad... Contemplamos estas montañitas hasta que se pierden de vista en el horizonte y, desde el tren, les de-

cimos «adiós» melancólicamente...

Caminamos toda la noche... Según se hace de día, nos aproximamos a las estribaciones de los Andes... Vamos hacia Mendoza... Ya un poco alto el sol, al despejarse la bruma, se nos presenta imponente la gran cordillera coronada de nieve...

Ha entrado el día, luce un sol espléndido, ha cambiado por completo el paisaje y ha cambiado también el estado de nuestro espíritu... Ha penetrado en el vagón una alegría grande de naturaleza alborozada en su propia salud y belleza, y hemos sentido confortarnos un optimismo consolador...

Hemos pasado por entre montes de jarillas, algarrobillos y chañares... el terreno ondula ligeramente accidentado... algunos médanos de movedizas arenas... alguna loma coronada de vegetación arisca... de vez en cuando, terrenos bajos poblados de espesos carrizales y totoras... y, por fin, horas antes de llegar a Mendo-

za, se inicia la riqueza incalculable e indisputable, la regia fastuosidad de sus imponderables viñedos...

Leguas y leguas, toda una anchurosa extensión desde los lejanos desagües de los ríos de Mendoza y Tunuyán hasta la falda de los Andes, se extienden los frescos pámpanos en surcos infinitos...

Aguas rumorosas, encauzadas por acequias sombreadas de esbeltos álamos, llevan su frescura a las tierras sedientas, cultivadas por el hombre con un cuidado exquisito...

Tupidos parrales entoldan las casitas blancas, en donde ríe el sol. Las casitas blancas salpican aquí y allá, por todas partes, la verdeante extensión, limitada por las montañas azules...

Alrededor de las casitas hay huertos de frutales y vergeles floridos... Y, como una apoteosis del triunfo del trabajo y del ideal de los hombres, aquella inmensidad de viñedos se muestra cargada de tanto fruto,

que el ánimo suspendido se hace adoración y alabanza...

¡Oh, los abundantes racimos, los dorados racimos! ¡Es el oro también!... Pero, como las jugosas uvas, el ideal cuajó también en las alegres casitas blancas, en la ciudad limpia y culta, de umbrosas avenidas, en sus colegios modernos, en su hermoso parque, en sus monumentos artísticos...

Y aquellas gentes de todo el mundo y de ninguna parte ya, allí abundan menos... Pusieron los hombres allí más cariño y más ilusión en la tierra y en ella se miraron como en una mujer amada... ¡y con la tierra se ayuntaron haciéndola su tierra!

Por eso: porque hemos visto en tí, Mendoza, la verde esperanza de los pámpanos convertida en fruto y el dorado fruto hecho carne... porque hemos visto en tí realizado nuestro ideal de aquel río de oro cuajado en casitas blancas entre verdores, como nidos de felicidad... porque hemos visto los rostros de tus mujeres bajo el

manto chileno y tus morenos hombres con el poncho típico... porque hemos sentido un raudal de poesía ante tu vega incomparable y tus montañas azules, por eso ¡oh, Mendoza! hemos preguntado por tu poeta: ¡porque no pueden dejar de tenerlo tus montañas azules, tu vega incomparable y tus casitas blancas!

La flor de durazno



A mañana es tibia,
el cielo está claro...
y en el verde nuevo
de los tiernos prados
y en la tierra oscura
que recientemente removi6 el arado,
se destaca y luce, hermana preciosa
de la flor de almendro, la flor de durazno...

Como un alborozo
virginal en que rfen los campos...
con sus explosiones de aurora divina
en oteros y lomas y llanos,
abre en todas partes, generosa, espl6ndida,
llen6ndolo todo, la flor de durazno...

¡Humilde alegrfa
de los pobrecitos y desheredados!...
Vistiendo las ramas desnudas y tristes
de la pobre huerta, del desnudo patio,

*todos los rincones
llena con su encanto,
sencilla y graciosa,
la flor de durazno . . .*

*Abre en todas partes . . .
La rama florida metida en un jarro,
es la nota alegre
del humilde cuarto . . .
y, como ilusiones, abren cada día
los encantadores botones rosados . . .
¡igual que ilusiones
abren los botones de flor de durazno! . . .*

*La mañana anuncia ya la primavera
con hojitas nuevas y pjar de pájaros . . .
Parecen en traje
de fiesta los campos,
con sus galas vistosas y alegres
de flor de durazno . . .*

*Sobre el fondo del cielo purfísimo
se destaca el pobre caserío blanco
entre nubes de flores rosadas
de flor de durazno . . .*

*Como pura ilusión matutina,
por el verde prado
y a través del cerco,
pasan los rebaños . . .*

*Por pronunciarse, a un militar lo matan
o luce de entorchados las bocamangas llenas ...
¡Después de abrir los mares y descubrir un
[mundo,
volvió Colón a España cargado de cadenas!...*

*Sea tu hazaña ejemplo: para alcanzar la gloria
(el que se abre en los cielos) ¡qué camino más
[llano!*

*indefensos aduares no hace falta
asolar inhumano
¡ni hace falta
ser de un pueblo despótico tirano!*

*Tu proeza señala a los futuros héroes
el camino derecho:
arte, trabajo, ciencia,
ideas, corazón, puños y pecho
no la palabrería
¡el hecho!*

Juan de Garay

(De los arrepentidos es el reino de los cielos)

*He aquí los tres sonetos a que aludo
en la página 6. Críticos, lectores,
caigan sobre mí vuestras iras.*

Germen de raza.



*L Nuevo mundo, soñador infante,
del virrey del Perú llegó en la flota:
un bello corazón bajo la cota
y en la mente un ensueño deslum-
brante ...*

*Desde el Perú, conquistador triunfante,
viene del Plata a la región remota:*

*es civilizador su genio y brota,
a sus impulsos, Santa Fé, radiante . . .*

*En su gloria, los hechos han tallado
en la historia Argentina la figura
del fundador valiente y esforzado . . .
y Santa Fé, en que él puso su ternura,
¡como un sello de raza ha conservado
la española hidalguía y la bravura!*

El mártir.

*En unas bellas horas nocturnales,
a la luz de la luna plateada,
una nave atrevida y confiada
corta del Paraná los correntales . . .*

*Realizados los nobles ideales,
a Buenos Aires, la ciudad soñada,
deja Garay, y a Santa Fé, su amada,
torna con un puñado de leales . . .*

*Y en altas horas de la noche, anclado
con su gente el caudillo en la laguna
de San Pedro, es vilmente asesinado:
feliz cual no soñara noche alguna*

Juan de Garay

(De los arrepentidos es el reino de los cielos)

*He aquí los tres sonetos a que aludo
en la página 6. Críticos, lectores,
caigan sobre mí vuestras iras.*

Germen de raza.



*L Nuevo mundo, soñador infante,
del virrey del Perú llegó en la flota:
un bello corazón bajo la cota
y en la mente un ensueño deslum-
brante . . .*

*Desde el Perú, conquistador triunfante,
viene del Plata a la región remota:*

*es civilizador su genio y brota,
a sus impulsos, Santa Fé, radiante . . .*

*En su gloria, los hechos han tallado
en la historia Argentina la figura
del fundador valiente y esforzado . . .
y Santa Fé, en que él puso su ternura,
¡como un sello de raza ha conservado
la española hidalguía y la bravura!*

El mártir.

*En unas bellas horas nocturnales,
a la luz de la luna plateada,
una nave atrevida y confiada
corta del Paraná los correntales . . .*

*Realizados los nobles ideales,
a Buenos Aires, la ciudad soñada,
deja Garay, y a Santa Fé, su amada,
torna con un puñado de leales . . .*

*Y en altas horas de la noche, anclado
con su gente el caudillo en la laguna
de San Pedro, es vilmente asesinado:
feliz cual no soñara noche alguna*

*¡quizás soñaba con su hogar ansiado,
besado por los rayos de la luna!*

La gloria.

*Ciñes del héroe mártir los laureles;
pero ¡oh, Juan de Garay, si revivieras! . . .
El caudaloso Paraná lo vieras
surcado de riquísimos bajeles;*

*en hermosos espléndidos verjeles
miraras convertidas sus riberas,
y la llanura estéril, en praderas
pobladas de rebaños y corceles. . .*

*Las ciudades que tú fundaste un día,
Santa Fé y Buenos Aires, hallaría
tu mirada eminentes es su historia . . .
y encontraras atónito en las "puertas
a la tierra", de par en par abiertas,
tu sueño realizado: ¡tu gran gloria!*

Extranjero en el mundo

Mi casa está abierta a todas las criaturas de Dios. Pero está y estará cerrada al insolente orgullo de raza, de color, de religión y de geografía.

MAHATMA GANDHI

Debe estimularse a los poderes Públicos para crear los medios adecuados, con el objeto de atraer la población útil que no halla destino en Europa.

Es lo que ocurrió con Estados Unidos hacia cuyo suelo se encaminaron espesas muchedumbres de todas las razas y de todos los climas. Así creció con rapidez prodigiosa la población.

.....

Posee la Argentina dilatadas extensiones que permanecen inactivas aún, y hasta en las provincias más compactas el latifundismo iner-

te caracteriza la desproporción entre lo que se produce en lo presente y lo que podría y debería producirse.

.....

La Argentina resulta un suelo indiscutiblemente apropiado para concentrar esas masas que el equilibrio europeo, con sus desazones angustiosas, obliga a buscar atmósferas más apacibles.

.....

Por otra parte, la Argentina carece de espíritu excluyente. Sin encono y sin preveniciones raciales, religiosas o ideológicas, acoge con la misma fraternidad a los que solicitan aquí su predio, en la certidumbre de que sus libertades públicas los tutelarán en el límite de los derechos que derivan de nuestros estatutos.

La Nación 21 - XI - 24

Dice Lugones, desde París: (La Nación 10 - IX - 24) "... la inmigración asiática, germánica y eslava no nos conviene...."

Esto es, ciertamente, duro y hasta cruel, pero el bien de la patria no admite contemplaciones.

Por esto la residencia del extranjero es siempre un estado condicional y la ciudadanía un honor que se le discierne.

La moral de la patria consiste en no hacer

daño a nadie; pero no la obliga a hacer bien a nadie que no sea hijo suyo.

Tenemos que hacer patria con la gente que nos convenga . . .

Y replico yó:

¿Pero en qué quedamos? ¿Han de hacer la patria *sus hijos*, o también los extranjeros? Y si también los extranjeros, ¿porqué no discernirles la ciudadanía como un justo derecho y no como un honor depresivo?

Si Lugones hubiese nacido en Francia, de padres argentinos o no, y criándose aquí siendo él en sí, todo igual como ahora es, ¿*ya no sería argentino?*

Y habiendo crecido y creado (pensado, sentido y amado) en esta tierra y por esta tierra, ¿*ya no sería argentino?*

Si la nacionalidad es a base de raza, ¿dónde está la verdadera patria de cada uno?

El patriota acérrimo dice: “¡Es que yo nací en esta tierra!” ¿Y basta eso solo para tener derecho a todo? ¿Aunque paseis

la vida alejados de la patria y no hagais nada por ella, o seais, acaso, de los que la esquilnan, y explotan para tirarlo en *farras* en Paris o en Londres?

¡Oh Dios! No condenemos a los extremistas y nos vayamos con ellos! ¡No condenemos la violencia y caigamos en la violencia de una extrema condenación!

Habiendo vivido los hombres estas teorías de Lugones desde hace siglos, cada uno se hubiera estado en su *tierra* siempre y no serían lo que son ni Estados Unidos ni la Argentina.

¡Extranjero!... ¡triste condición!

¡Más triste cuando uno se siente extranjero en el mundo!... ¡incluso en la propia patria!

Bien hice yo ¡pobre extranjero! en venir al gran pueblo argentino (tierras hermosas descubiertas y conquistadas por mis abuelos ¡pobres galeotes!) bien hice yo en venir a estas hermosas tierras a engendrar hijos todavía...

En la fiesta de la raza



OMBRES, mujeres,
al corazón os hablo...
Hombres, mujeres,
no quiero invocar lo altivo ni lo
[bravo...]

Quiero tocaros
en el sentir delicado
y en lo galante
y en lo hidalgo...

Hombres, mujeres, todos
Hijos de Dios y todos, por eso mismo,
[hermanos,
quiero llegaros
al pensamiento
y al hondo sentimiento de lo humano...]

Hombres, mujeres,
las razas se han amasado

*y de esta hornada han de salir divinos
panes sagrados . . .*

*Hombres, mujeres,
los tiempos han cambiado:
sois españoles . . .
no es ésta vuestra patria y, sin embargo,
estais aquí como en el suelo patrio.
¿Por qué? Porque los tiempos
van cambiando . . .*

*Hombres, mujeres,
olvidemos los viejos resabios
y las hazañas
y las armas de antaño . . .
Son hoy otras hazañas y otras armas
las que han de darnos
gloria y grandeza,
hermanos.
Hermanos, sí, hermanos,
¡todos hermanos!*

*Hombres, mujeres,
ha sonado
la hora de que sean
trocados
los cañones
en arados*

*y los gritos de guerra
en amorosos cánticos...*

*Hombres, mujeres,
los campos
ya no son de batalla;
el cesped blando,
la primavera en flor, los frescos pámpa-
[nos,
invitan a la danza y a la canción y al
[grito
del amor y el trabajo.*

*Hombres, mujeres,
al corazón os hablo
y en él quiero tocaros.*

*Argentinos, chilenos, mejicanos,
del Paraguay, del Uruguay y peruanos
y bolivianos
y colombianos
y todos cuantos sean
hispano-americanos,
y filipinos y antillanos
y también brasileiros
y norte-americanos
y también canadienses
y los de las Guyanas — los guyanos—
todos, todos,*

*y todavía más: los australianos,
japoneses y chinos,
todos los de la India,
todos los africanos,
y todos los de Europa:
ingleses y franceses e italianos
y belgas, portugueses y rumanos
y los de los Balkanes,
poloneses y rusos,
alemanes y austriacos
y ... ¡yo qué sé! los turcos,
los griegos, los haitianos,
y hasta los andorreños ... ¡todos, todos!
todos los invocamos
y queremos que sean
todos nuestros hermanos.*

*La raza, sí, la raza,
raza de humanos,
raza con vetas
de amarillo, de negro y de blanco ...
¡Qué más dá! Seamos
cultos, buenos,
civilizados!
¡Todos, todos hermanos!
¡Y hasta los de la Luna
y los hijos del Sol
y los hijos de Marte, los marcianos!*

*¿La fiesta de la raza?
me parece muy bien: divertámonos!*

*pero tengamos
los mismo que la copa
el corazón en la mano:
el corazón grande
y tierno y generoso para darlo . . .
¡para dárselo a todos
hecho pedazos
como pan repartido y como hostia sagra-
[da
en una santa religión de hermanos!*

*¿Fiesta de la raza?
¡Bravo!
Hínchense nuestros pechos
y ábranse nuestros brazos
para abrazar a todos,
a moros y a cristianos,
para querer a todos, para amparar a to-
[dos,
¡esto es ser bravos!*

*Españoles de España y murcianos de Mur-
[cia,
paisanos,
yo soy de España
y huertano . . .
¡pero no hay en el mundo un hombre
[que no sea
mi compatriota, mi paisano,*

micompañero, mi amigo, mi hermano

*Hombres, mujeres,
al corazón os hablo.*

Al volador glorioso

(PLUS ULTRA 1926)



*VELAS más que los pájaros,
cruzas el mar de un vuelo...*

*¡Penosamente,
la Humanidad se arrastra por el
[suelo!...*

*Tú no pareces hombre, pues, ten-
[diendo tus alas,
marcas las nuevas rutas en el cielo.*

*Pero eres hombre
y quiero recordarte
que, tristemente,
antes de "despegarte"
del suelo o de las aguas,
por fuerza has de arrastrarte...*

*Y que, por mucho que a elevarte llegues,
y aún con los grandes bríos de tu hazaña,*

*la envidia tu camino
puede estorbarte con rastrera maña
y, ante el batir de tu admirable vuelo,
alzar infranqueable peligrosa montaña...*

*No obstante, ¡oh tú dichoso! ni el triunfo yá, ni
[el premio
pueden quitarte; en vida, te embriagas de gloria
y con tus propios ojos leyendo estás la página
brillante que ya tienes en la Historia...
¡De tanto aplauso y apoteosis tanta,
apenas en el mundo si hay memoria!*

*El brillo de tus armas
con nada se ha empañado
la disciplina acatas,
como hace el buen soldado,
y a la altura del vuelo de tu heróica proeza
tu patria has levantado.*

*Mas no eches en olvido ¡oh volador glorioso!
las feas asechanzas, la veleidosa suerte.
"Aterriza" con tino: es en la tierra
en donde la caída has de temerte,
¡pues deben hasta hermosos ser, ya en esas al-
[turas
de los radiantes cielos, el peligro y la muerte!*

*La vida es una guerra con emboscadas viles;
son, siendo vencedoras, todas las armas buenas*

En la fiesta de un millonario

ESEANDO contribuir, aunque sea modestísimamente, a esta fiesta culta y brillante en honor de un pobre emigrante que llegó a millonario, he compuesto, como poeta que soy, algo que me permito titular "*Poema optimista*" aunque está escrito en prosa, y que ruego escuchéis con benévola atención.

Pensamiento inicial:

¡Ricos, sembrad el oro!

¡Pensadores, sembremos las ideas!

Señores: soy un sembrador de ideas y el campo que en este momento se extien-



de ante mi vista es ancho y fecundo...
¡un campo de dinero! ¡Sembremos!...

Acaban de premiarse los méritos del festejado con una honrosa condecoración.

Pocas veces habrá sido concedido este alto distintivo tan acertada y justamente como en este caso... Basta ver la escogida y numerosa concurrencia a este acto de simpatía, en el que nos reunimos entusiásticamente para eso: para confirmar que la honrosa distinción ha sido puesta sobre uno de los más levantados pechos españoles.

Los méritos del agraciado los conocemos todos: son, por su virtud, como esas leyendas populares que se repetirán corriendo de boca en boca...

El condecorado, como tantos otros, no hizo nada más que, en áspera lucha, sacar a la luz del sol, como se sacan de la profunda mina, sus propias y personales riquezas...

Como tantos otros, era ya rico: rico de energías y de nobles orientaciones... Las riquezas materiales no son más que la manifestación tangible de la única y verdadera riqueza: la del impulso, la del genio, la del héroe que sale glorioso en la lucha por la existencia... Las riquezas materiales no son nada, si no son removidas por las manos del hombre de impulsos, del hombre de genio, del hombre generoso y altruista, en una palabra, del mago prodigioso que las hace brillar...

Y por eso, de estos magos, como el que está presente, sin que ellos lo pretendan, corre en su día la popular leyenda de boca en boca...

Han existido y existen magos como el que festejamos hoy... Acaso me escuchan algunos de éstos, sin darse cuenta ellos mismos de que son tales magos, y un día la imaginación popular, siempre justa y agradecida, los ensalzará en una gloriosa y merecida leyenda...

Alta distinción es la que estamos celebrando y, viéndola brillar legítimamente en el pecho de este caballero, nos la imaginamos también sobre otros pechos que, aunque no la ostenten, bien merecían ostentarla.

Ahora permitidme que, apoyado en galardones, estimule méritos y deberes.

Cuanto más enaltecido un hombre, más deberes contrae... Una muy alta posición social marca también la muy alta medida de las obligaciones sociales... Obligaciones morales, que son las más serias y solemnes obligaciones... La popularidad es generosa cuando reconoce a sus ídolos, pero exige que le pertenezcan... Los hombres públicos, los hombres populares, ya no se pertenecen a sí mismos: se deben a la opinión que los alza en altos pedestales...

Y sobre esto quiero diseñar unas cuantas ideas de poeta... Y no reiros de ideas de poetas, ni de soñadores, ni de fabricantes de imposibles, porque entre los poetas soñadores y gloriosos del mundo, (poeta aunque no hiciera versos) os recordaré a Colón, ayudado, en su vuelo ideal sobre los mares en busca de estos mundos, por la gran Isabel la Católica, otra soñadora de fantásticas empresas...

Hay nobles deberes cumplidos por muchos hombres ricos: públicas ocupaciones en administración política... impulso de negocios industriales, comerciales, agrícolas... También ponen su fortuna al servicio de elevadas misiones de beneficencia, de enseñanza, de fomento y cultura...

Pero, generalmente, estos nobles deberes son consabidos y casi determinados y encasillados por la costumbre. Por ejemplo: hacen mandas y donativos, desentendiéndose de la fecunda aplicación del óbolo, como quien deja un deber cumplido.

Y nosotros los poetas opinamos que los hombres ricos de riquezas, y ricos de corazón y de entusiasmo, pueden hacer más bellas cosas que dar simplemente su dinero, llenos de bondad...

El dinero, el tan maldito dinero, es la más santa y fecunda de las semillas cuando se siembra bien... Y un millonario, como ya han hecho muchos en otros países y en este mismo, puede hacer un hermoso centro de educación costeadó por él, vigilado por él...

Puede hacer un asilo popular de asistencia médica, donde se presten auxilios a quien se presente, sin penosos calvarios de trámites y regateos de la caridad. (1)

Puede hacer un abrigo para los noctámbulos que tiemblan de frío en las tristes noches de invierno...

Puede hacer una casa-regazo para po-

(1) *Ejemplo magnífico el de Martínez de la Hoz, en París. ¿Que pudo ser en la patria donde hizo el dinero? ¡Qué más dá! El mundo es la patria de todos.*

bres niños abandonados...

Puede hacer un original asilo de higiene y sopa, donde a los tristes harapientos se les pueda asear y darles un refrigerio caliente...

Puede hacer una oficina en favor de los desocupados y desorientados...

Puede hacer casas de maternidad, casas de acogimiento para las débiles mujeres abandonadas...

Puede hacer museos...

Puede hacer y sostener institutos...

Puede hacer parques botánicos y zoológicos...

Puede hacer mejoras en la urbanización y fomento de la población, con apertura de avenidas, mejoramiento de caminos, creación de jardines, instalaciones de fuentes artísticas...

Puede hacer cuanto quiera: ¡puede forjar los más fantásticos ensueños y realizarlos, porque el dinero es el único realizador de imposibles!

Y los ricos que quieran, los ricos bue-

nos como éste en cuyo honor nos congregamos hoy, orientándose en esos bellos ideales para sembrar su oro, vigilando y cultivando su obra benéfica, no solo merecerán una honrosa condecoración, sino el parabién de la madre patria, de la patria adoptiva y del mundo entero.

Y repetimos solemnemente, cerrando nuestro "Poema optimista" con su pensamiento inicial:

¡Ricos, sembrad el oro!

¡Pensadores, sembremos las ideas!

Entre las adhesiones de los que no han podido asistir al banquete, ha recibido Don Angel la de una familia de posición, y Don Angel, agradeciendo la adhesión, ha contestado a esta familia con una carta en la que hay esta frase: "Siempre me acuerdo de cuando iba de muchacho a llevar a Udes. los paquetes de la tienda donde me hallaba empleado".

Y nosotros, entusiastas de la sinceridad y de la noble modestia, en un regio salón, ante una mesa espléndida que no desdeñarían reyes, entre una concurrencia de reyes del dinero y de los negocios y en una apoteosis de flamantes pecheras y de guantes blancos y de fraques negros, hemos brindado a Don Angel García por modesto y sencillo, nuestro canto a la humildad.

Hemos dicho:

Caballeros: Se dice con mucha frecuencia (y creo que muy injustamente) que los emigrantes de Europa que aquí se encumbran o enriquecen, tratan de ocultar y has-

ta de olvidar su modesto origen.

Opino que hay que combatir esa versión: entre esos ricos y encumbrados de humilde origen, hay muchos que tienen a gala y a noble orgullo el confesar, el proclamar, su modestísima procedencia.

No dudo que vienen a estos países personas de posición ya hecha y de linaje rancio; pero sabemos todos que la mayoría de los ricos y encumbrados que, por su laboriosidad, por su perseverancia, por su espíritu de empresa, honran a su patria y a esta tierra, vinieron con pasaje de tercera, porque no había cuarta y, como suele decirse, "con una mano atrás y otra adelante".

Vinieron así, es cierto, "con una mano atrás y otra adelante", pero, a su modo, eran de tanta posición y de tan esclarecido linaje como los otros. Su posición era la de los hombres de voluntad y de inteligencia que, por sus arrestos, ya se sienten valientes y ricos... ricos de energías, verdadera riqueza... energías para combatir y salir vencedores

gloriosamente en la lucha por la vida. Y su linaje era de los más esclarecidos, pues lo era de nobleza de corazón y de espíritu, sintiéndose impulsados por aspiraciones elevadas de bienestar, de adelanto, de progreso, de dignificación humana...

Y creo, señores, que si merecedor de alabanzas y de honores es el hombre de posición y de linaje que forma en las filas de los hombres laboriosos y emprendedores, conservando y engrandeciendo su posición y linaje, no lo es menos el que ignorado y pobre, desde la nada, desde la obscuridad, guiado por su inteligencia y por su corazón como por una estrella reudentora, enaltece su nombre y el de su patria, escalando en la vida las altas cumbres sociales...

Por eso quiero en esta ocasión; rendir homenaje a uno de esos hombres, de humilde y digna procedencia, a ese hombre que es nuestro querido amigo Don Angel García, brindándole esta noche mi canto a la humildad.

¡Mi canto a la humildad!... ¡Es la canción más tierna y delicada que yo tengo!.. Es una canción que mi corazón entona dulce y alegremente a cada instante.. Es una canción que la he escuchado pura y encantadora en los labios de otros hombres... porque ellos eran puros de corazón... Es una canción que tiene mucho de oración santa que, en acción de gracias, elevamos a los cielos... ¡oh, pura, noble, divina canción de la humildad, yo te canto, yo te rezo!...

Aquí estoy entre vosotros para honrar y festejar a un amigo y, también honrándome y festejándome por ello...

Aquí estoy entre vosotros alrededor de una mesa espléndida, engalanada de flores y servida de manjares y vinos exquisitos...

Aquí estoy entre vosotros alrededor de una mesa que, por su lujo y abundancia y refinamiento, poco tendría que envidiar a la mesa de los mismos reyes...

Pues bien, amigos míos, yo, evocando con ternura en este momento mi origen

humilde, y como aquellos padres que, reunidos con su familia a la mesa, dicen cristianamente “demos gracias a Dios”, doy gracias a Dios que me concede sentarme a una mesa como ésta y en una compañía tan honrosa y tan grata como la de vosotros.

Mis queridos amigos: yo, de muchacho y en mi vida humilde, nunca había soñado sentarme a una mesa como ésta, ni tener un nombre conocido, ni, menos, que mi sencilla palabra fuese escuchada de los hombres...

Y ya que así se me concede y se me logra, quiero merecerlo con profesión de fe de mi humildad, hecha públicamente.

Yo vengo de lo más humilde: mi padre, en su juventud, fué un jornalero, mi madre una costurera, yo he vendido diarios por las calles, yo he sido un pobre *cannillita*.

Yo vengo de lo más humilde: he sido, de muchacho, sirviente en una casa de Madrid... he acarreado el agua, con un cán-

taro a las espaldas, desde la fuente de las Descalzas Reales a la calle de Capellanes número diez, segundo piso... ¡y había entresuelo! He sido aprendiz en una ferretería de la calle de los Estudios ¡y he cruzado Madrid infinidad de veces cargado con una espuerta llena de cacharros...

Yo vengo de lo más humilde: Hice un viaje a Filipinas, de cabo de Infantería de Marina, y como nos daban de comer un rancho cocido a vapor, imposible de tragar, pasábamos hambre y... forzado por la necesidad... me mantuve muchas veces de las sobras de la cocina de primera...

Yo vengo de lo más humilde: Llegué a la República Argentina en pasaje de tercera de preferencia, por ser mucha familia y por mirar los gastitos... y, al atracar el vapor al puerto, no me esperaban comisiones ni nadie... Entre los emigrantes, por mí mismo, busqué mi equipaje... y entre los emigrantes, como uno de tantos, entré en Buenos Aires...

Yo, humildemente, acompañado de los

(1) *Esquina al callejón de Juanelo. Mi principal fué Don Martín Ortiz de Zárate, años 1881 al 83.*

míos, he comido el pan y la carne y he bebido el agua pura de este suelo, dando gracias a Dios...

¡A cuántos otros les habrá sucedido lo mismo que a mí y recordarán, agradecidos y con ternura, aquellos días de vida humilde y obscura, de privaciones y afanes, de laboriosidad y lucha por el santo pan de cada día!...

Yo, como los sencillos cristianos de nuestras aldeas, recuerdo siempre mi humildad, y en este momento doy gracias a Dios de verme sentado a una mesa como ésta, con un fin tan bueno como el de festejar a un amigo que parte para la querida patria, y hallándome rodeado de tan buena compañía.

Después de publicado en la prensa local, parece que este *canto a la humildad*, no ha sido del agrado de alguien.

Ese es nuestro éxito.

Con nuestro canto no íbamos contra los que tienen a mucha honra el reconocer su procedencia humilde... ¡pero sí, ciertamente, contra los otros!: contra los imbéciles que piensan que es deshonra el venir de padres pobres, el confesar que se desempeñaron humildes oficios, el reconocer haberse elevado de la nada y el declarar que se procede del más oscuro y modesto origen...

ventura, hice de criado en casa de un procurador de los tribunales, en donde enbetunaba botas, iba a la compra con una cesta al brazo y acarreaba el agua de una fuente de la vecindad con un cántaro al hombro...

Luego fui aprendiz en un comercio de ferretería y durante dos años anduve por las calles de Madrid (adonde van los poetas en busca de gloria) cargado con una espuerta llena de utensilios de cocina, que llevaba al domicilio de los clientes. Después fui mancebo de botica y, por fin, senté plaza de soldado y estuve en Filipinas. Una vez licenciado, regresé a mi aldea y me hice *mercero*, vendedor ambulante con mi fardo a cuestras. La cosa no daba para vivir y entonces marché a Cartagena y busqué un empleo en una casa comercial. Cuando yo ya tenía treinta años, comencé a orientarme en la literatura y se empezaron a conocer algunos trabajos míos.

Y desde los treinta años, desde aquella

época en que me inicié en la literatura, hasta hoy, doce años más, he trabajado igual: sumando columnas infinitas de guarismos y refrescando mis horas de trabajo con la melancolía de mis versos....

Tengo composiciones que marcan toda esta ruta de mi vida:

El zagal de los papeles — Murria — La carta del soldao — La gorrita — Cuenta imposible — Despedida — En la senda — ¡Hermana América!

Claro que además de las sensaciones vivas que me ha ido dando directamente mi vida ruda, yo he recogido en mis versos las de mi mundo interior, las de mi vida ideal, ensueño y recuerdo de los días rosados de la primera juventud...

¡Quién no vive esa vida interior, aunque no sea poeta! ¡Quién no rememora! (¡cuanto más viejo, más!) aquellos días felices!...

Yo añoraba mi aldea constantemente, enmedio del árido bregar cotidiano: añoraba la luminosa huerta, añoraba sus fiestas,

sus bailes, sus canciones... añoraba el traje típico, añoraba el habla dulce... añoraba aquellos mis purísimos amores no realizados para ser eternos...

Y cuanto más añoraba la huerta más la vivía; ¡y resplandeciente, encantadora de mi propia ilusión, en venero inagotable, la daba y la daba mi espíritu, enamorado de ella para siempre!

Este venero ha sido el de mis "Aires murcianos" y el de mis obras dramáticas regionales... Venero más cristalino y puro cuanto más tosca y dura era la peña en que nacía...

Si no hubiese sufrido la ausencia de la huerta; si no la hubiese sufrido en las amarguras de una dependencia humilde y en la tosquedad y dureza de la vida comercial... ¡quizás no hubiese manado aquella fuente de mi espíritu!...

Esta ha sido mi vida, hasta que de pronto he pensado en América como en un nuevo amor, como en una nueva vida, co-

mo en una resurrección, y he venido aquí... ¿A qué? Pues a ser lo que he sido siempre: un trabajador más que ocupa su puesto todos los días en las filas de los que se levantan con el alba y van a ganarse el pan con el sudor de su frente.

Hay quienes, sin embargo, no conciben tan humildes propósitos en un soñador, en un poeta. Hay quienes no pueden admitir que un artista que hizo su reputación en el viejo continente, se presente en América, más como *contable* que como poeta aventurero...

La razón es sencilla: el poeta tiene que vivir, y prefiere vivir de una manera digna a vivir dando *pechazos*.. (sablazos.)

El poeta conoce la realidad triste y, juntamente con las obras literarias, se ha traído a América sus libros de contabilidad...

Yo tengo un hogar y en este hogar seres amados... Yo tengo una familia que he de mantener, y me ofrecí como *contable* porque era también mi profesión,

como me hubiese ofrecido de zapatero, si lo entendiera, o de cargador del muelle, a falta de entenderlo porque pronto se aprende.

Además, en la profesión que ejercemos ponemos también cariño y nuestra manera de ser íntima... Nuestro temperamento que se transparentaría siempre en todos nuestros actos. Y así teneis que yo pongo el mismo cuidado y esmero en mis humildes y hasta vulgares trabajos de contabilidad, que en mis versos, y que siento una vanidad muy semejante a la que experimento redondeando una estrofa, haciendo todas las noches mi arqueo de caja y viendo que este me sale conforme.

De modesto empleado, fui reconocido poeta, porque la gente lo dijo al sentir que leyendo mis versos se le mojaban los ojos... Pues bien, ¡yo gozo la satisfacción de servir para ambos trabajos! el poeta se envanece cuando vé que en el *contable* encuentra los recursos para la vida prosaica...

y el *contable* se enorgullece en su vida obscura, cuando el poeta le trae aquellos exquisitos manjares del espíritu ¡y cuando lo lleva ante los deslumbrantes fulgores de la gloria!...

En una palabra: soy poeta, venía como poeta y estoy como poeta cuando llega el caso, sin perjuicio de levantarme al amanecer todos los días para ir a ocupar mi puesto entre los hombres laboriosos y honrados, ¡entre los anónimos héroes del equilibrio universal!...

¿Es esto espíritu práctico? sí: espíritu práctico... porque mi vida es esencialmente espiritual... un puro espiritualismo... ¡que chapotea en el fango de la triste realidad conocida y experimentada!... un ensueño con alas, que vuela aliquebrado arrastrándose dolorosamente por el suelo...

Yo hubiese preferido venir a América como otros poetas de América van al viejo continente... Pero hay poetas que llevan la protección generosa de los gobier-

nos de su país y hay poetas que emigran...

Quizás esta triste condición de poeta emigrante y de humilde empleado de comercio, favorezca la condición de poeta sincero y sentimental: yo he vivido mi sentimentalismo... yo lo he sufrido y lo sufro...

En mi viaje he venido muy cerca de los que dejan descorazonados la madre patria... Y las añoranzas dulcísimas de la lejana huerta... la desconsoladora queja de los abatidos y los idilios tiernos del hogar... todos mis versos, en suma, los más sentidos, los más llorados, están escritos sobre las páginas de un libro *mayor*, en donde han caído lágrima a lágrima, perfumando, poetizando, aquella prosa de los guarismos que, a veces, cabriolean esperanzas y alegrías de mi hogar!

Agosto 22 de 1908.

Canto á la humildad

*Este Medina - decía mi amigo
del alma Pepe Vaso - tiene la
soberbia de la humildad.*



EL acaudalado comerciante Don Angel García, de la firma García Hermanos, tienda "La Favorita", de Rosario de Santa Fé, vino a América como uno de tantos «galleguitos»...

Ahora, con motivo de su viaje a Europa, se le ha dado un banquete de despedida, al cuál han concurrido las más distinguidas personalidades, entre ellas hasta dos cónsules, siendo la mayoría ricos comerciantes, de los cuales muchos llegaron a las costas americanas como nuestro amigo Don Angel García, oscuros y humildes, á tomar parte en la brava lucha por la vida...

reían con augurios de gloria y como esmeraldas de esperanza!...

Es lo cierto, que Alberdi tuvo la luminosa inspiración de las tarifas diferenciales; que marchó a Europa; que concertó tratados con las potencias y que estableció la línea aduanera de tierra para las mercaderías procedentes de Buenos Aires, recargándolas con iguales derechos que las que llegasen directamente por el río, procedentes de Europa.

Esto fué la realización de aquel ensueño... El puerto de Rosario se vió lleno de barcos extranjeros, que subían directamente a él por las generosas aguas del Paraná: las comunicaciones eran más extratéticas desde Rosario; las mercaderías procedentes de Europa se encontraban en este puerto a igual costo que en el de Buenos Aires; en cambio, las procedentes de la ciudad porteña salían, para el interior de la Confederación, recargadas con dobles derechos.

Entonces cuajó el ensueño: se llenaron las arcas del tesoro de los Confederados

y surgió, como por arte de encantamiento, lo casi no previsto: la ciudad de Rosario de Sta. Fé, que crecía nutrida de aquel gran tráfico traído por Alberdi; crecía y se desarrollaba espléndida, desde las barrancas, amamantada en las ubérrimas aguas del Paraná, y extendiéndose con las vías espaciosas, airadas y limpias, de su plano rectilíneo, hasta animar la quietud de la inmensa llanura con sus acentos alegres de ciudad nueva, con los alborozos de moza robusta y bella que se engalana y se atavía pletórica de alientos y de ilusiones, vigorosa de salud y fuerza, prometedora de magníficas fecundidades!...

Y aquí teneis en esta ciudad linda, en esta ciudad culta, correcta y pulquérrima, latente de una intensa vida mercantil, aquí teneis una fantasía, un ensueño realizado como por encanto, sorprendente y bello como obra de artista, y llevado a cabo exclusivamente por un hacendista, por un comerciante... pero indudablemente, por un espíritu superior que, en sus cálculos

de hombre de negocios, tuvo inspiraciones de poeta, ¡y que quizás mirando estático las verdes islas del Paraná, vió que le sonreían con augurios de gloria!...

Pondré otros ejemplos más sencillos, para apoyar mi tésis:

No hace mucho hablaba yo a tenor de estas cosas con un bondadoso e ilustrado amigo que desempeña un alto y muy honroso cargo mercantil, y se me manifestó partidario de mi teoría.

Tan es así, me dijo, que el discurso que más me ha gustado y más he aplaudido, ha sido uno que escuché con esa misma tendencia, precisamente a la inauguración de las obras de una nueva escuela de comercio. «No solo de pan vive el hombre» era la síntesis de aquel discurso, pronunciado elocuentemente por un joven comerciante, hombre de fé y de ideal. No solo de pan vive el hombre y no es comerciante precisamente el que compra a cuatro y vende a cinco; hay que saber más; los comerciantes pueden y deben

concurrir también al gran mercado intelectual de las modernas generaciones.

Todavía puedo recurrir a múltiples casos personales:

Recuerdo que el gran poeta dramaturgo D. José Echegaray, es también afamado ingeniero y matemático.

Don Gaspar Núñez de Arce, el autor inmortal de los poemas «Un idilio y una elegía», «La visión de Fray Martín», «Los gritos del combate» y otros, era Director Gerente del Banco Hipotecario de España.

Lopez Silva, autor de «La revoltosa» y otras obras popularísimas, fué tenedor de libros bastantes años en una casa de banca, madrileña.

Los hermanos Quintero, artistas deliciosos, poetas y dramaturgos, fueron muy bien conceptuados como oficiales del Ministerio de Hacienda, en Madrid.

Y de este modo podrían acumularse casos innumerables.

¿No fué Cervantes administrador de contribuciones en un pueblo manchego?

¡Acaso de la amarga prosa de aquel cargo se hizo la espiritual destilación exquisita de las mieles del Quijote!

Durante mi corta permanencia en Buenos Aires, visitaba yo un registro de paños de la calle Victoria, y allí, su dueño, bondadoso amigo mío, me hablaba de literatura dramática con un gusto y erudición que para sí quisieran dómines intransigentes y encorbatados. Y allí mismo, uno de sus hijos, hacía compatibles las tareas del mostrador y del escritorio con las más selectas aficiones literarias y la dirección de una revista que no ha podido defenderse económicamente por exceso de cultura.

Finalmente, recuerdo que a una carta que yo escribí desde España lamentándome del prosaico trabajo de un Banco en donde me encontraba empleado, trabajo que no me dejaba cultivar con toda amplitud mis aficiones poéticas, me contestó del modo siguiente, harto original, un abogado de esta ciudad, ya mi excelente amigo por aquel entonces:

Decía así:

«Deploro sinceramente que las molestias de su nuevo puesto le priven de tiempo para sus versos. Bien que los versos bonitos rara vez son producto de la felicidad del autor. Es una dolorosa compensación: el placer ageno solo nace del dolor propio. En realidad, debían educarnos mostrándonos la vida tal y cómo es: si desde niños adorásemos el dinero, la lucha resultaría menos desagradable. Ahora, mientras los brazos se agotan ganando plata, el cerebro se agota demostrando lo absurdo de la tarea. Y es claro: ocurre que nos sentimos tan esclavos como aquel pajarico, que penosamente daba vueltas a la ñora de su cuento.»

“Quizás fuera humano enseñarnos que el dinero es solo la equivalencia de un esfuerzo y que, por ello, es profundamente justo que todo se cotice. Quizás fuera humano también enseñarnos que *ninguna ocupación es prosáica*, y que las cifras de un libro de comercio, pueden

evocar tantas alegrías, esperanzas y quimeras, como las frases de amor, los cielos claros, o las notas de un violín.»

Y ejemplos múltiples y reales pudiera traer a colación en abundamiento de mi teoría de que son compatibles las prosaicas tareas del cálculo y del comercio con la elevación del espíritu y la inclinación a cosas delicadas y bellas, que no otra es la característica del poeta.

Y digo más: digo que aquella inclinación a lo sublime, a lo excepcional, a lo magnífico y bello en todas sus acepciones, beneficiará toda profesión por humilde y prosaica que fuera ¡y aún ganaría siendo que fuese de una condición vil y miserable!

¡Poetas!... Perdonad si esto os parece vanidad: “¡La perfección humana será cuando todos seamos poetas!... Será cuando llenen los talleres los poetas, cuando labren los campos los poetas... ¡cuando los comerciantes sean poetas!

Pero si lo que llevo expuesto no fuese

suficiente para demostrar que pueden confraternizar los versos y los números, el comercio y la poesía, apelo en última instancia a un ejemplo definitivo que soy yo mismo: vereis mi juventud y mi vida entera, pasadas por un tamiz comercial en el que, a una pasada y otra, quedaba el afrecho e iba saliendo cada vez más pura la harina de flor...

He pasado por todas las gradaciones mercantiles, desde pequeño rapaz vendedor callejero de periódicos a empleado de alguna categoría en Bancos y casas importantes de comercio, y todos mis versos están incubados al abrigo de un mostrador o de un pupitre de negocio, escritos en el reverso de facturas o papeles con timbres comerciales, y acariciados y pulidos, íntimamente, entre cartas de reclamo, anotaciones de caja y regateos de venta...

De vendedor callejero de periódicos en mi pueblo, pasé a Madrid con aspiraciones más elevadas; pero, por mi buena o mala

*exaltadas se elevan y se acercan ...
sienten el dulce lazo,
sienten el misticismo
de aquella religión ideal ...
y en reverente culto,
en puro arrobamiento,
fervorosas consagran
el divino misterio,
forma sagrada, el Arte,
¡lazo suave de atracción fraternal
¡y religión sublime universal!*

Comercio y poesía

Conferencia del poeta en la
Escuela Superior de Comercio
de Rosario de Santa Fé.



S época de francas definiciones y de crudas pero sanas sinceridades, y con sinceridad y sencillez quiero hablaros. La sencillez y la sinceridad son mi característica.

Quiero ir contra una leyenda desconsoladora... y quiero, con un gesto de sembrador que pone fé y esperanza en su obra, sembrar un optimismo.

“Comercio y poesía” título mi conferencia, y parece, por aquello de la leyenda

que quiero deshacer, que nada más anti-tético puede decirse. Hay de ello hasta frases hechas: "El comercio y la poesía son incompatibles". "La poesía y el cálculo están reñidos". «Los guarismos y los versos se dán de cabezadas».

Pues bien: yo quiero demostrar que el comercio y la poesía no son absolutamente incompatibles y que, además, cabe la esperanza de que, con la moderna y progresiva tendencia educadora, abunden entre los comerciantes los hombres intelectuales o de una inclinación delicada o sentimental.

No sonreiros: sé que no podeis imaginaros un tendero poeta, y no es esto lo que quiero decir. Sin embargo, hay casos honrosos y simpáticos en que, obscura y modestamente, detrás de un mostrador o de la rejilla de un escritorio, se rinde culto a un arte delicado.

Tampoco quiero decir que precisamente compongan versos, que aparezca su firma

en las revistas o que publiquen libros, no; basta para mi teoría con que tengan aquella afición a lecturas escogidas o al puro goce de las demás artes.

Yo os quiero hablar del comerciante en su acepción más amplia y aun, por extensión, del hombre de cálculo.

Creo que, precisamente, la condición de poeta, de soñador, de inspirado, hace esas figuras excepcionales del mundo financiero que llevan a cabo temerarias fantásticas empresas que cuajan en realidad y que agrandan la materialidad mezquina del centavo, hasta convertirlo en el asombro de fortunas increíbles y fabulosas.

Los hombres vulgares, rutinarios, de un intelecto pobre, de una concepción limitada y que hacen una vida más o menos comercial, no serán poetas, es cierto; pero... ¡pero tampoco son verdaderos comerciantes!

Así es, que no hablemos de los hombres rutinarios, limitados, intransigentes por fal-

ta de luz mental y, en suma y desdichadamente, irredentos. Esos los hay en todos los campos y en todas las profesiones, incluso en la de poeta, pues también hay poetas profesionales. Esos son los que, desde el campo de los comerciantes, niegan rotundamente el valor de los poetas, niegan su capacidad para el trabajo y para la vida real, los declaran cosa inútil, locos de atar ó parásitos de los pueblos trabajadores. ¡Esos son los que decretan incompatibles los versos y los números!

Sí; pero es que de esos irredentos y casi irresponsables, los hay también a manadas en el campo de los poetas: son aquellos que ven en todo comerciante, sin excepción, un hombre metalizado, árido, zafio, huérfano de mentalidad y de toda exquisitez del gusto y del sentimiento; son aquellos que (sin perjuicio de nutrirse como los demás mortales, de cosas bajas y prosaicas) viven un mundo ideal de enmarañadas melenas, ojeras violáceas y cor-



batas inconmensurables.

Y a esos irredentos de uno y otro campo hay que dejarlos como cosa perdida a que el tiempo los elimine.

En mi optimismo de futuras aproximaciones, yo pongo mi fé en los otros: en todos aquellos hombres de aspiración elevada; y estos hombres pueden ser lo mismo mercaderes que poetas; lo mismo políticos que guerreros o sacerdotes; lo mismo artistas delicados que obreros rudos de sana inclinación. Estos hombres están en todos los campos: son los abiertos a toda tolerancia, a toda renovación, a todo descubrimiento... son inventores, son aventureros, son profetas... exploradores de mundos reales o de mundos psicológicos, economistas de la materia o del espíritu, místicos o escépticos...

Estos hombres no declararán incompatible el comercio y la poesía, sinó que habrá en todos sus actos y proyectos, por económicos, por mercantiles, por prosaicos que sean

o que lo parezcan, algo de ideal... ¡Estos hombres tendrán en su vida, de vez en cuando, aquella redentora gota de miel del espíritu, lenitivo en las amarguras de la vida real!...

Y como obras son amores y no buenas razones, quiero poner algunos ejemplos en apoyo de mi teoría:

En la historia de este país me detengo ante una página interesante: en esa página se destaca gallardamente la figura de un gran político hacendista, juzgado como un hábil y sagaz comerciante y que yo, quizás con mis ojos de poeta, lo veo, a través de su obra, como poeta... ¡pero como un mago poeta que tuviese la virtud de trocar en reales sus ensueños y fantasías!...

Esta figura es Alberdi.

Era la época de la Confederación Argentina; esta provincia y otras constituían un estado independiente de Buenos Aires; los barcos de Europa anclaban todos en aquel

puerto, que había tenido hasta entonces tal privilegio, y los fuertes rendimientos de aduanas se quedaban íntegros en la metrópoli porteña.

Rosario de Sta. Fé, ésta que es hoy hermosa ciudad y la segunda de la República, era un pequeño e insignificante puerto, y Alberdi tuvo una feliz idea, una luminosa idea, quizás una verdadera inspiración de poeta, engendrada en una elevada gestación de comerciante y hacendista.

Tal vez, Alberdi se paseó solitario y abstraído por las alturas de la barranca, contemplando, heridas por el sol, las aguas brillantes del Paraná, que con sus robustos anchos brazos y su marcha resuelta eran un símbolo de fuerza y voluntad; quizás estas aguas silenciosas le hicieron una confianza íntima y le mostraron la riqueza incalculable que guardaban; quizás, al augusto alumbramiento de aquella luminosa idea de Alberdi, él miraba estático las brillantes islas verdes, heridas por el sol, que le son-

*Paciendo tranquilos
se ven los rebaños
entre la alborada de nubes de rosa
de los cercos de flor de durazno...*

*A misa temprana
toca el campanario...
y van por la senda
los enamorados,
los ojos gozosos
y unidas las manos...
los ojos gozosos
y la dulce sonrisa en los labios...
¡Cruzan por la senda
los enamorados,
como en un ensueño, por entre espesuras
de ramas cuajadas de flor de durazno!...*

*Aurora de rosa
en oteros y lomas y llanos...
Campanita alegre,
caserío blanco...
alegres praderas,
tranquilos rebaños...
novios domingueros
y piar de pájaros...
Visión delicada
de divino encanto,
a través de encajes de ramajes ténues,
tejidos de flores, por el sol calados...
¡Visión delicada de una deslumbrante
gloria matutina de flor de durazno!...*

Carta de Juan de Garayal Rey de las Españas

*"Y en señal de posesión
echando mano a la espada,
al diestro y siniestro hierbas
cortó dando cuchilladas . . ."*



*abiertas ya las "puertas a la tierra",
Santa Fé y Buenos Aires ya fundadas,
le escribió como sigue
Juan de Garay al rey de las Españas:*

*De la ciudad La Trinidad y puerto
de Buenos Aires, para daros cuenta,
señor, de mis trabajos,
ha un año despaché una caravela.
Cuenta os daba, señor, de cómo había
sido fundada aquella
ciudad La Trinidad y cómo había
ansí mismo también fundado esta
de Santa Fé, agora nueve años,
con ayuda, señor, de unos setenta*

*y seis pobladores, y eran dellos,
menos siete españoles,
nacidos los demás en esta tierra.*

*Por orden de don Juan Ortiz de Zárate,
que hubo dexado expresa
al tiempo de su muerte,
partí para el Pirú desde estas tierras.
Con su hija doña Juana, que fué a España,
dello daba razón a vuestra alteza
y ansímesmo de como
el licenciado Juan Torres de Vera,
conforme a voluntad de ambos, se había
desposado con ella;
que me dió sus poderes
ya como tal adelantado que era
en subcesión, cumpliendo los mandatos
de las reales provisiones vuestras;
y que el virrey Francisco de Toledo,
por sus fines y cuenta,
le había molestado
y perturbó su entrada en esta tierra.*

*De bastante perjuicio
fué que tal subcediera:
yo estaba en Buenos Aires
y, entanimientras,
en Santa Fé mostraron los traidores
toda su avilantez y desvergüenza.
El principal causante
fué Gonzalo de Abreu, que escribiera
para negar a los poderes míos*

*todo valer y fuerza.
Esto causó que treinta hombres del puerto
San Salvador se huyeran
hasta quedar del todo despoblado,
y de que, en injusticia y vil afrenta,
a esos Reinos de España
preso marchara Diego de Mendieta.
Y todas estas cosas
quizás no subcedieran
si ya hubiese venido
el licenciado Juan Torres de Vera,
pues con él el obispo ya estaría
también en esta tierra
y algunos religiosos
que aún a su propia costa los tragera.*

*Sabed también, Señor, que el licenciado,
poder para ir gastando de su hazienda
me dió, en cuanto me fuesê
menester al sustento de estas tierras,
y gasté en vergantines
como en aderezar la caravela.*

*Sabed también que en donde
Buenos Aires se asienta,
buen golpe de ganado cavalluno
libre por la llanura se apacienta
procedido, sin duda,
señor, de algunas yeguas
que en tiempos de don Pedro de Mendoza
allá quedaron sueltas.
Merced de este ganado*

*pídole a vuestra alteza
para que Santa Fé y Buenos Aires
lo hubieren y disfruten por dehesa.
Podrán así venir a gozar dello,
aunque agora no sea
fácil tomar alguno, por lo rasa
que se extiende la tierra,
pues aun no ha habido tiempo
de hacer corrales: fueron las faenas
de las labores y edificios, muchas,
y, amén, correr las tierras
para domesticar los naturales
que sólo han dado tregua
castigados y luego de tomarles
alguna que otra prenda.*

*En mi carta anterior, la que os llevara,
señor, la caravela,
mis trabajos y gastos
suplicaba tuviéseis en cuenta,
aunque fechos, como han fecho mis deudos,
al servicio real de vuestra alteza.
Entre esos deudos hase señalado
posponiéndoos, señor, vida y hacienda,
el licenciado Zárate, mi tío,
que acompañaba a Blasco Nuñez Vela
y me truxo consigo, casi niño,
a servir vuestra causa en estas tierras.
Así a vuestro servicio se han gastado
mis días juveniles y mis fuerzas,
corriendo por los Reinos
del Pirú y sus tierras,
siempre a mi costo y siempre con mis armas,*

*sin deservir jamás a vuestra alteza,
y fuí de los primeros que poblaron
Santa Cruz de la Sierra.*

*Teniendo allí mi casa,
proveyó Ortiz de Zárate viniera
a ayudarle en el cargo
de adelantado en las provincias éstas,
y aquí con mi mujer y con mis hijos
vine cruzando por país en guerra.
Ya aquí, puse mi empeño en que se abriesen
más "puertas a la tierra,"
y fundé Santa Fé con el escaso
auxilio que me dieran
de algunas municiones y de pólvora
y de una frágua vieja.*

*Todo aquesto que he dicho,
como hay un Dios del cielo es cosa cierta
y no como en Gonzalo
de Abreu, que escribiera
contando todo lo contrario que hizo,
que fué pura traición a vuestra alteza:
él no ayudó a don Juan Ortiz de Zárate,
sinó que mala vencidad le hiciera.
Yo del adelantado
que en apurada situación se viera,
lo supe en Santa Fé, y a socorrerle
bajé hasta ochenta leguas
y castigué y desbaraté a los indios,
hasta verme por tierra*

*con mi caballo muerto
y no pensando ya salir de aquella . . .*

*Señor, aunque prolijo,
he querido de todo daros cuenta,
y de procurador de mis negocios
os tomo usando de su gran clemencia,
esperando merced de alguna cosa
en la Casa Real de vuestra Alteza,
de Potosí, puesto que le he servido
en Reinos del Pirú y en esta tierra,
sin aprovechamientos ni salarios,
como otros los tuvieran,
para que de ese modo
con más lustre, señor, serviros pueda.
Y ansímesmo suplico para ayuda
de casar a mis tres hijas solteras,
que alguna señalada
merced las favorezca,
pues que les poder dar tan solo tengo
el premio a mis servicios a su alteza.
En Santa Fé y a veintidos de Abril de
mil quinientos ochenta
y dos. Que Dios os guarde
y en su servicio sea.
Como vasallo y servidor, las manos,
Juan de Garay os besa.*

Archivo de Indias - Sevilla.

(1) Está transcrita tal como fué escrita por Garay y puede comprobarse en la obra de Cervera, tomo II.

Nuestro culto

(EN UNA CENA DE ARTISTAS)



*AY un lazo suäve,
aún más delicado
y puro que el amor:
lazo que une a los hombres
de extremos pueblos y diversas razas
¡lazo de un ideal
y bello acercamiento universal!...*

*Hay una religión amplia, libérrima,
que tiene en todo templo su sagrario
y en toda ötra religión su espíritu,
y que a todos los hombres
de todas las creencias
los junta ante su altar
¡en fervorosa, mística, comunidad!...*

*Este es acto solemne
de comunión: las almas*

Yo seré un pobre extranjero al que se le discierne la ciudadanía como un honor...
¡Gracias! ¡Pero mis hijos ya son argentinos!... ¡tiempo al tiempo!

¡Y atención!: Por si acaso, encargué varoncito y hembra y así han venido. Dios mediante, tenemos cría.

Canto al Rosario

*Cartagena, Cartagena,
bien te puedes alabar,
que Murcia con ser tan grande,
no tiene puerto de mar.*

(Popular)

*Rosario de Santa Fé,
bien te puedes alabar,
que tienes un puerto hermoso,
aunque no tienes el mar.*



*tu puerto la base ha de ser
de la grandeza excepcional
que en el futuro tendrás,
¡oh, ciudad!
Y tu río, ¡oh, río
Paraná!
la vida y la belleza
te ha de dar,
por que es tu río tu vena
principal:
de esa vena*

*tu corazón se llenará;
esa vena, la vida bella y sana
te dará:
y crecerás
y te robustecerás
y, juvenil y fuerte, de esa vena
ha de nutrirse tu mentalidad
y tu sensibilidad . . .
y un día, en la opulencia del trabajo y
(del orden,
y del arte y la ciencia, tú resplandecerás...*

*Ciudad argentina,
ciudad comercial,
recostada a la orilla
del río Paraná,
yo quiero en tí y contigo
un ensueño cuajar:
Tus esteros, que son como ancho estuario,
yo quiero idealizar,
el suelo de tus islas
(con bosques replantados) levantar
y de jardines y casitas blancas
tus islas poblar . . .
con lanchas - golondrinas
tus canales surcar . . .
y en toda tu belleza contemplándote,
sobre las esmeraldas de tus islas
en la plata engarzadas de tu río,
con hidro-aviones volar . . .*

*Yo quiero embellecerte y extenderte,
mi querida ciudad,*

ya,
mi ciudad
Yo quiero
tus ámbitos ensanchar:
con tus chalets y palacetes
a las barrancas de Alberdi llegar,
y el gran parque, en proyecto,
realizar.
Con grandes avenidas y alamedas,
tus suburbios yo quiero urbanizar.
Yo quiero, tu centro
de población, hermosear:
con bella arquitectura
tus casas levantar
todo de plazas y jardines y de monu-
[mentales
fuentes llenar
con pulcritud severa
tus calles y veredas cuidar . . .
¡Oh, segunda ciudad de la República,
yo deseo que seas de verdad,
por tus merecimientos,
de la República la segunda ciudad! . . .

Oh, ciudad, yo te quiero
culta y sentimental;
yo te quiero
ornamental;
yo te quiero centro
de trabajo industrial
y científica a un tiempo
e intelectual.

*Quiero verte hecha urbe
principal,
grande por el trabajo
a base de ideal....
moderna, adelantada, genial....
¡las gigantescas y brillantes cúpulas.
de tu Universidad,
ver desde todas partes
brillar....*

*Éste, Rosario,
es mi cantar.
Como el pájaro canta en la rama
donde vino a anidar,
y le canta al campo,
porque su sustento el campo le dá,
y le canta al cielo, donde libre puede
elevarse y volar....
así yo te canto porque amor me has dado
y me has dado pan,...
y me has dado cielo
y libertad
para volar....*

*¿Cantarte, Rosario?
¡Cómo no te he de cantar,
si mi vida y mi alma
de tí llenas están!...
¿Una canción?
Tenías que pedirme mucho más,
oh ciudad,*

*de esta paloma errante y volandera,
por fin, palomar . . .
¡Tenías que pedirme
mucho más,
pues te lo había
de dar!*

*Quererte y cantarte
¡no faltaba más,
suelo donde ha podido
mi planta descansar
techo donde me pude
cobijar
sombra donde me vine
a sentar!*

*¿Quererte y cantarte nada más?
y suspirar,
si me encontrase ausente de tí, suelo ami-
[go . . .*

*¡y llorar! . . .
¿Cantarte
nada más?
soñarte y bendecirte
y recordar
mi rozarte y sentirte,
mi sentirme en tí misma,
mi placentero vagar,
componiendo mis versos, por tus calles,
mi querida ciudad,*

*ya
mi ciudad habitual*

*¿Cantarte, Rosario?
¡No te he de cantar,
sí, quince años há,
tú, mi tierra y mi cielo eres yá!*

*Tierra de Rosario,
¿no te he de mirar
con ojos amantes?
¿Cómo olvidar
miradas, sonrisas, adioses?
¡yo me he sentido acariciar
por la más delicada simpatía,
en tus calles,
al pasar!*

*Rosario de mis tristezas,
Rosario de mi gozar,
Rosario de mis canciones,
Rosario de mi soñar,
Rosario de mis cariños . . . ¡no podrías
tú, para mí, ya ser más!
Tierra del Rosario,
a tí vine a trabajar
te vine*

con mi sudor a regar
 con mis canciones te vine
 a despertar
 tal vez con mi llanto
 te vine a ablandar
 ¡y hasta huesos queridos te he dado
 ya hechos cal!
 No me has dado menos,
 tierra natal
 ¿Que no eres mi tierra natal?
 Eso se verá:
 de éste viejo tronco, a tí trasplantado,
 no lo serás
 ¡pero sí de sus ramas yá!
 Si a luz no me diste, no me has dado me-
 [nos

que mis hijos tus hijos son ya,
 y tengo dos rosas (dos nietas)
 que me has querido dar
 como dos rosas
 de un rosal
 Y me has dado más:
 me has dado afán
 y sed de amar,
 que es, en el desaliento,
 como resucitar,
 o mejor todavía,
 renacer, y la vida, de nuevo, comenzar...

En tí, Rosario, mi misión de hombre
 he venido a seguir y completar:
 he plantado el árbol, he cultivado rosas

*y he sembrado el pan
y, ciudadano,
te he dado un hogar,
y he trabajado en lo útil y lo bello,
artista y menestral*

*¿Cantarte, Rosario?
¿Cómo no te he de cantar,
si en tí no hice otra cosa
que cantar?
¿Cantarte, Rosario?
¿Qué más que la seguida
canción de mis canciones,
que les hace a tus prensas tipográficas
cantar y cantar?*

*En tus librerías
mis canciones están,
ramilletes de flores
que me diste a juntar
Por tus calles
suelen pasar
las musas que inspiraron
mi cantar . . .
y en tí, ciudad, están
los labios que repiten mi cantar
y que, aunque yo me muera,*

cantarán

¡y, por mí, te cantarán! . . .

¿Cantarte, Rosario?

¿No te he de cantar?

*¿Pero tú qué has venido a ser ya,
Rosario,*

sino mi cantar?

¡Mi dulce cantar!

Críticas de amigos

Quiere decir que todos los juicios aquí expuestos me son favorables en grado excesivo.

¿Los publico, entonces, por vanidad? Posiblemente, pero engañándome yo mismo con una fuerte razón que me seduce: la de que en las páginas que siguen hay una frescura y una sencillez, exquisitas, que en la crítica y literatura profesionales rara vez se encuentran.

El poeta inmigrante

 EN una noche plácida y profunda, mientras la soñadora ciudad de Córdoba reposaba en brazos de la sombra amiga, por primera vez leí, al pie de unos versos tristes, este nombre: Vicente Medina.

Un compañero muy querido, un pensador silencioso y extraño, con algo del saber de Unamuno en su cabeza, con mucho de Lamartine en su alma, Diógenes Hernandez, subió hasta mi cuarto de estudiante e interrumpiendo mi ávida lección de anatomía, emocionado díjome: Vas a oír los versos de un gran poeta desconocido

en América; y leyó con voz varonil, que al final temblaba conmovida hasta las lágrimas:

*Verás: yo soy lo mismo
que aquel romero triste del alto de la sierra;
que aquel romero triste de pálidos verdes
y de áspera corteza
que desmedrado y viejo,
de flores, todavía, se viste en primavera
y todavía ofrece su néctar delicado
que buscan las abejas...*

Esos versos, de una melancolía tan dulce y serena, al través de los cuales pasa *la reina de la fiesta*, la musa pálida, la que enciende en el alma del poeta la divina chispa, y va a esperarle dormida para siempre debajo...

¡ debajo de unas flores !

Desde ese momento una viva simpatía nos unió al desconocido bardo, y afanosos buscamos los trabajos que llevaban su fir-

ma. Y fueron llegando hasta nosotros, como aves extrañas, sus poemas no igualados, sus inmortales «Aires Murcianos» Leimos «Murria»: esos versos que llegan al alma, produciendo la sensación de una pena casi física. He aquí en pocas líneas el doliente poema: Un desterrado de la amada huerta siéntese morir en tierras lejanas y, en los delirios de su fiebre, pide, para calmar su sed, el agua cristalina y fresca de las jarras que cuelgan de los parrales lugareños; quiere aspirar el perfume inolvidable «de aquellos rosales, de aquellos claveles, de aquellas alábegas» y termina con estas desesperadas exclamaciones:

*Diles que me lleven, diles que me lleven,
aunque llegue ya muerto a mi casa . . .
que aquella ropica,
que en lo hondo del arca
alzaica me tiene mi madre,
me la pongan siquiá de mortaja . . .
Que me abrigue mi cuerpo mi tierra . . .
¡mi tierra del alma!*

Palabras en cuya tristeza palpita la pro-

testa del hombre a quien la miseria, más cruel que la muerte, niega el reposo eterno, bajo los sauzales a cuya sombra descansó de niño. Debo haceros notar que en los "*Aires murcianos*" Medina ha volcado la mejor inspiración de su alma y ha puesto el mayor caudal de sinceridad y amor, llegando, en algunos, más allá de las cimas de lo épico y de lo trágico, hasta el misterioso país poblado de sombras vagas y pálidas como visiones del sueño, donde las imágenes maécterlinianas del Destino y de la Muerte, recobran su trágica gravedad. Léase el que lleva por título «Los pajaricos sueltos».

El viejo maestro del pueblo agoniza y el poeta inspirado, murmura ésta grave estrofa:

*No mandes a los nenes a la escuela
porque no la han abierto
y está, si es que el Señor no hace un milagro,
cerraïca pa tiempo...*

*Ha caído en la cama mu malico el maestro
y es cosa de temer, por las señales,*

*que ya no se levante el pobre viejo.
Una jaula vacía
parece la escuela con aquel silencio...*

Decidme si no percibís, en ese ambiente de silencio, la presencia angustiadora de la Intrusa. Ese temor al más allá que hace estremecer a los campesinos, ese hálito de profundo Infinito que llega desde la Eternidad a revelar forzosamente, al alma inquieta, el pavoroso problema de su destino, y que necesita, al parecer, para percibirse, la paz de las noches profundas, el silencio de la naturaleza adormecida, los dolores acerbos, Medina lo traduce fielmente en la poesía que intitula «*El aullío de los perros.*»

«*Aires murcianos*» es una colección de obras maestras. Por cualquiera de ellas el ambiente pasa, tan real, tan lleno de colorido, que vivimos la vida de ese pueblo pletórico de pasiones, en el que el amor y la muerte forman la trama de una eterna tragedia. En «*Rosica*» el amor llega al más sublime

abandono; en *La Risera*, al asesinato despiadado. Y los celos vierten de continuo sus hieles negras en las almas morunas de los murcianos. El paisaje se destaca en medio de la pasión ruidosa y explosiva del dolor eterno, con su belleza inalterable: los amaneceres son plácidos, los atardeceres silenciosos, las acequias murmuran en la tranquila noche, los cantares (de amores añorados, de infinitas ternezas idas,) pueblan con sus notas desgarradoras el aire aquél... ¡los besos estallan bajo la fronda amiga y propicia! Pero por sobre esa belleza inenarrable de los lugares queridos, flota una presentida amenaza para los ingenuos huertanos. Medina es el vidente de esa comarca; él conoce a los perversos genios de su tierra: son la miseria, la maldad humana, los que arrojan hácia lo desconocido al grupo trágico de los que, inútilmente, van a buscar lejos tierras mejores que las nativas, cuando las tierras no son las malas:

la maldá la tién los hombres:

ellos los que arrebatan del hogar los brazos vigorosos que lo sustentan, sumergiendo en la desesperación a los pobres viejecitos; jellos los que rompen la poesía de esos ingenuos amores campesinos, para que los pobres hombres del pueblo vayan a envilecerse en los cuarteles o a morir estúpidamente por palabras mentidas y vanas!

Ese soplo trágico que atraviesa la región de la huerta, es el mismo que se siente pasar por las comarcas de Valencia y Andalucía toda, leyendo a Blasco Ibañez, Arturo Reyes y algunos artículos de la pluma tonante y borrascosa, en la cual palpita como un espíritu aprisionado, el alma ardiente y buena de Luis Bonafoux...

Y de *Aires murcianos*, recordaré finalmente, *Cansera*. Me refiero al que nadie ha leído sin elogiarlo.

La imagen de ese viejo labrador, rendido al destino adverso, a la tiranía inpalpable

de la miseria, es la de todos los desposeídos, la de todos los encadenados al salario, la de los nuevos Sísifos, ¡destrozándose la vida en una tarea eterna y sin provecho!

No creais, que se limita la labor del poeta a los *Aires murcianos*.

Dramaturgo, tiene obras tan hermosas como *Lorenzo*; rebelde, ha producido «El rento;» y su lira es multicolorde. Pruébanlo esas tres poesías que él agrupa bajo la denominación de «Mis amores.» A la más hermosa «Mi reina de la fiesta,» ya hice alusión.

En la senda, es admirable, y en ella el poeta desarrolla el mismo tema: la impasibilidad de la naturaleza ante el dolor humano, que ha inspirado a Victor Hugo «Tristeza de Olimpia» a Lamartine «El Lago», a Alfredo de Musset su inmortal, su incomparable, su sollozado «Souvenir.»

Y, para mí, que ésta, *En la senda*, es la cuarta, entre esas obras maestras del sentimiento y de la inspiración.

Queda ligeramente esbozada la labor literaria del poeta, dejando de citar, para ser breve, algunas producciones que tanto le honran como *La canción triste*, *La canción del yunque*, *¡Siempre te conocería!* Pero no podría terminar lealmente este elogio si silenciara la simpatía calurosa y decidida que me inspiran sus *Rebeldes*.

Hay una titulada: *Todos delincuentes*, en la que el poeta traduce su concepto de la justicia, muy lejos, por supuesto, del espíritu de brutal y fría crueldad que entenebrece los códigos y que se encarna en la persona de un Juez inflexible y despiadado como el Destino y estrecho como la imbecilidad. Y *Las almitas blancas*, esa marca de fuego puesta sobre el tartufismo católico y sobre la mentida caridad de las farisáicas sociedades cristianas.

La personalidad de Vicente Medina, es grande y está casi universalmente consagrada como tal. El hombre es como sus

versos: modesto, sincero, amante de la verdad, de la justicia, flagelador de la prepotencia, defensor de los desposeidos y de los humildes; pero sin odios ni rencores. Incapaz de traicionar su ideal, ni de targar su palabra como algunos apóstoles que nos han visitado en estos tiempos fatigosos y positivos, es, en suma, un hidalgo soñador, este gran poeta que ha venido a vivir y a trabajar entre nosotros.

RICARDO CABALLERO

“La Libertad” de Córdoba, 28 de Agosto de 1908.

"Letras"

(Desde Rosario)



A comenzado a publicarse en esta ciudad un semanario cuyo título encabeza estas líneas y cuya primera página se prestigia con el nombre de ese gran sentimental, que se llama Vicente Medina. Con haber nombrado a este gran poeta, ya está dicho que la revista es buena, y lo es en todos los sentidos: buena, porque está bellamente escrita, porque el derrotero que se ha marcado, es apostólicamente generoso, y buena, porque ha venido a llenar el gran vacío que, como una enorme he-

rida moral, esta ciudad mostraba.

En medio de tantas voces judaizantes; entre el tumulto del mercado y los gritos de compra-venta; entre los golpes de martillo de los rematadores y al sordo golpetazo de los sacos de maiz agolpándose para la exportación; entre la bullanga politiquera y carnavalesca y los manoseados discursos de mitings; entre toda la alaraca, en fin, de mercaderes del comercio y mercaderes de la política, se alza esta bandera de ideal, este toque de clarín de la poesía, llamando a filas a todos aquellos en cuyos espíritus queda aun, salvado del naufragio, un átomo de sensibilidad; pasa por entre el nubarrón de esta ciudad prosaica un zig-zag luminoso como un alerta, como un aviso de que las almas ya tienen pan.

Hambrientos de ideal, que aquí en la brega diaria pedíamos un verso de miel para endulzar los labios, hemos sentido el gozo del oasis, al recibir la revista con que Medina nos alumbra, nos consuela, nos endulza el espíritu.

Nuestro gran sentimental, tiene en gestación un libro de amargura, *in-memoriam*, de la que fué en la vida su compañera; aparece en la revista alguna composición acusadora; algo de lo mejor que ha brotado de la pluma del poeta, titúlase "*El animal*" y tiene la rudeza, el alarido de un vendaval en la montaña. Acúsanos también la labor de Medina en este número un nuevo derrotero: aparecen sus pequeños poemas en prosa, se ve que el alma infantil de Taghore, el poeta indio, hermana del alma de nuestro poeta, ha venido a conversarle al oído y, si os borrasen las firmas, no sabríais distinguir qué poemas en prosa, son del uno o del otro.

"Correo de Galicia" - Buenos Aires - 15 - 1 - 16.

La revista "Letras" se publicó los años completos de 1916 - 17 - 18 y 19, en tomos anuales.

Desde tierras polares

E ha traído su carta, y su envío todo, una de las alegrías más hondas y más puras de mi vida.

En esta casa polar, que Vd. quizás no vea nunca, es su verso un culto artístico y su vida un culto moral. A pesar de que el cariño tiene derechos, jamás creí que una palabra suya, de su mano olorosa a romero, viniera nunca a mí, con esa espontaneidad tan honrosa. ¡Y menos aún pude pensar que un verso mío me ganara su corazón! Amaré desde hoy la poesía humilde que lo ha acercado á mí definitivamente.

Su carta fué a La Serena. Mi madre me la ha enviado. Yo soy de esa tierra, pero vivo aquí, en plena nieve, apacentando pe-

queños corazones, que quiero hacer míos y que suelen darme la ilusión del hijo que no tuve.

¿No vendrá Vd. nunca a Chile? Se le quiere aquí y, ¡curiosa y bella excepción! se le admira en los dos bandos fanáticos de nuestra literatura: entre clásicos y ultramodernistas.

La poesía "Piececitos" para la que ha tenido Vd. generosas palabras, pertenece a una serie de versos escolares.

No soy sino una maestra. Alguna vez la vida me magulló para siempre el corazón. Entonces hice versos, versos para aliviar de sangre mis heridas.

Leeré su revista "Letras" ("La Compañera"). Soy capaz de comprender su dolor. ¡Yo también he llevado un muerto, como una carga de flores, sobre mi corazón y a través de una vida....

Gabriela Mistral

Liceo de niñas - Punta Arenas (Chile)

Desde Buenos Aires

ESTIMADO Vicente:

He recibido por paquete separado "La Tirana" y "Hacia un sensato comunismo" que leeré cuando pueda y te diré mi leal sentir. Por de pronto he de comunicarte este leal sentir, aunque sea en forma breve, respecto de "Contra el dios de los hombres" (en manos actualmente del Dr. José Carreras) y de "Patria Chica" que recibí de tus manos en Rosario y que he leído a tropezones en mi casa, en el tranvía y dónde y cómo he podido.

"Contra el dios de los hombres" ha tenido el poder de indignarme en algún mo-

mento contra las iniquidades a que da lugar nuestra organización social, pero te confieso que solo han sido relámpagos. He caído en seguida en el escepticismo de quien tiene la tristeza, la desgracia, de no creer en el hombre, en la especie. No concibo al hombre, en ningún momento del futuro, superior al que conozco en la historia y en el presente. Podrá, quizás, mañana desenvolver su vida en normas jurídicas más equitativas, más perfectas, pero en cuanto a esas normas jurídicas les falte el *alambrado*, es decir la autoridad, el hombre será el de siempre.

“Patria Chica”. Este es otro cantar. ¿Por qué respondo yo tan íntegramente a estas evocaciones de la tradición? Yo me veo por dentro y me juzgo firmemente un hombre progresivo, liberal, del futuro, y creo serlo. Sin embargo, me falta calor, fé, en ésto que constituye el ideal de los hombres. Y cuando pienso en ello, mi escepticismo me lleva a veces hasta el desdén, cosa que

siento y que ha dado lugar, en el pequeño mundillo en que yo me he movido en la vida, a ser tratado injustamente.

Volviendo a "Patria Chica" te diré que me ha poseído por entero. La fuerte evocación del pasado (del pasado de ayer) cuyas líneas ya no vemos nítidamente, pero en las que ponemos lo mejor de nosotros, nuestro espíritu limpio de impurezas, está muy de acuerdo conmigo. Además, la fruta de tu árbol, la emoción, está ahí espléndida y jugosa. De ambos libros quiero decirte que están escritos en prosa maravillosa: agua cristalina y pura.

Y nada más, por ahora, de crítica literaria, con la que me hago el mismo distinguido lio que cuando me asomo a ver lo que tiene dentro este tu afectísimo amigo

Antonio Ortuño

12 - VI - 1923.

Desde la cordillera andina



EÑOR Don Vicente Medina
Mi respetable amigo y paisano:
Su libro "Viejo cantar" me
ha proporcionado la gratísima
satisfacción de encontrarme
con una serie de composiciones nuevas
para mí, con nuevas poesías que, al igual
de las viejas, al igual de todas las tuyas,
me han encantado, dejándome en el
espíritu ese supremo placer que se ex-
perimenta cuando leemos poesía que es
*poesía, no palabrería refulgente y
hueca*, tan al uso de muchos poetas (?)

contemporáneos. De entre las poesías contenidas en "Viejo Cantar", me gustan extraordinariamente, con locura, por este orden: "Burlado", de un gran sabor becqueriano, tan grande como la que más de las rimas del glorioso sevillano. Después, "Cejiunta", "Mucho debí quererte", "Musa cruel", "Viudita" (a mi juicio, esta última es un verdadero alarde, un modelo de gracia y sencillez en la expresión, que explica lo de la "difícil facilidad" de que habla Argensola) y tantas otras que no me pongo a detallar porque no me confunda Vd. con el índice, pues, a lo mejor, no dejo una por señalar... Muchos de estos versos los sabré muy pronto, en fuerza de leerlos y apesar de mi pésima memoria, igual que sé de memoria las antiguas: «En la senda», «Los tres nenes», «Murria», «La canción triste», «Cansera», «La carta del soldao»... «En la senda», sobre todo, la repito mentalmente a cada momento y será quizá la poesía suya que más me gusta,

por el sentimiento del fondo, la elegancia de la forma y la visión ideal de nuestra querida vega:

*"... los cañaverales
cosas misteriosas rumorosos cuentan..."*

Queriendo a Murcia, no hay más remedio que acordarse de estos versos a cada momento.

José Areu

Mendoza 6 - III - 1920.

Desde la costa del Cantábrico



ENÑOR D. Jesús Méndez Sierra
Mi muy querido amigo:

Le agradezco muchísimo la deferencia de «La Compañera». Ya la he leído y releído repetidas veces, y hoy la devolveré a sus padres de V., porque me gustó tanto que he cometido el abuso de retenerla en mi poder muchos días, y hasta me permití la libertad de copiar varias de las poesías más hermosas y una página de interesantísima prosa autobiográfica: «La Compañera fué Josefica *la de Capote*.» Entre las poesías copiadas están «La lechuza», «¡Nada!», «El tiempo y la muerte», y otras tres

o cuatro. Todo el libro está henchido de dolorosa emoción; hay versos recios como nervios tensos y retorcidos; hay versos calientes, como la sangre que brota de la herida fresca; estrofas palpitantes y trémulas como la carne enferma y dolorida, rasgada por el bisturí; y, en medio de esta doliente impresión, una fragancia suavísima, dulzura de flores y ternura de lágrimas. Gran poeta es, sin duda, el que ha podido escribir así, aparte de su profunda sinceridad, y quizá por esta misma sinceridad. La Naturaleza está, claro es, no por sí misma y desinteresadamente, sino como prolongación del sentimiento del cantor; paisaje admirable, sin duda, este paisaje líricamente asimilado al dolor del poeta, esta Naturaleza espiritual y sensible: las flores del jardín de la muerte, la corona florida para la tumba de la Compañera muerta, los cipreses del huerto, plateados por la luna cuando ella sufría, el ave agorera... Naturaleza líricamente sentida e

interpretada; pero, en medio de los sollozos del poeta y por entre las lágrimas que sus ojos vierten sobre las cosas, resplandecen descripciones de una pasmosa realidad o como ahora se dice, verismo. ¿No le han rozado a V. las alas del ave noctámbula que, entre las cipreses,

"se veía cómo revoloteaba" ... ?

¡Verso admirable, todo nervio y toda fuerza plástica! Quisiera escribir sobre este libro, y esta vez creo que me atreveré a tratar de una obra de Medina. La presentación editorial no puede ser más hermosa: profusión, derroche, lujo, pero de artista.

Casimiro Cienfuegos

LUARCA, 6 de Febrero de 1921.

Desde la isla de Cuba



Querido Vicente:

Llegó, por fin, el día de tomar la pluma para contestar a tu grata de 10 del pasado Enero y que, conjuntamente, recibí con «Patria chica». Ante todo, mi querido amigo, perdona este tan mi prolongado silencio y te ruego que no le des mala interpretación; y, menos, lo achaques a desafección ú olvido; atribúyelo, si quieres, a pereza, galbana o desidia; todo te lo permito. Perdona, repito, esa mi pereza, en razón al constante y excesivo calor de este clima, al que de por fuerza he de estar sometido. Aunque no te haya escrito en tanto tiem-

po, tén la seguridad más completa, de que ni por un solo día dejo de acordarme de tí; no olvides tampoco que te profeso una gran estimación y que por tí siento un sincero cariño y, como obras son artores, trataré de que esta carta sea larga, muy larga; casi interminable (como dice la heroína de Campoamor en «El tren expreso») a fin de que siendo así, muy extensa, dé la equivalencia a las 3 o 4 que debí escribirte en ese largo lapso de tiempo. ¿Con ésto que te digo habré conseguido borrar el ceño de tu rostro? Eso sí: no tomes esto como una penitencia voluntaria que me impongo, sino muy al contrario; penitencia significa algo así como castigo, y yo siento una gran satisfacción al escribirte. Lo único que lamento es no poder expresarme con la sencilla fluidez y belleza con que tú lo sabes hacer; Dios no me dotó a mí, como a ti, de ese don; dispensa pues si no sé decir las cosas como quisiera decirlas; y sé indulgente también con los garabatos de mi mala letra; y es mi

deseo de que a nadie se culpe de ello, pues soy el autor y único responsable. En ésto, como en todo estás a cien codos sobre mí: tú has querido y podido conservar, si bien un tanto modificada, aquella hermosa letra española de nuestro inolvidable maestro de la infancia. Yo había pensado escribirte ésta con maquinilla, para evitarte el tormento de tener que ir traduciéndola; pero después he cambiado de parecer, porque creo que una carta escrita a manó es algo más íntimo y significa más afecto hácia el que la recibe; ¿no lo crees tú así? ¿sí? pues fastídate y traduce; así tendrás ésta más tiempo ante tu vista; mientras que, de estar escrita a máquina, la leerías en seguida. No obstante, para aminorarte en lo posible ese sacrificio que te impongo, prometo ir despacio (como voy) y hacerlo lo mejor posible; y la prueba es, que escribo estos renglones con la misma parsimonia y el mismo cuidado que aquellas célebres planas, con opción a premio, que nuestro maestro nos hacía

preparar anualmente en la época de los exámenes. Creo inútil decirte que si en aquél entonces no pude conseguir llevarme ni un solo premio (aunque sí muchos cachetones y palmetazos) a la fecha que lo hago bastante peor, nada tiene de extraño que yo mismo me adjudique la calificación de suspenso; y es que está visto y más que probado: *ca uno nace pa lo que nace ¡reconcho!*: tú *pa cosas güenas: escribir* y poeta que sabe *¡çir cosicas* tiernas que se *remeten* en el alma y hacen salir a los ojos las *lagrimicas*; *lagrimicas* unas veces de pena y otras de consuelo; tú viniste al mundo para ser hijo predilecto de las Musas, estás enamorado de las flores y, para tí, todo lo estético, todo lo grande, y todo lo bello, tienen un encanto singular, que los demás mortales no sabemos apreciar en todo su valor. Yo, en cambio, nací para algo más prosaico: para hacer unguentos y preparar jaropes; y si bien es cierto que me codeo

un tanto y que tengo cierta familiaridad con los elementos químicos, con estos seres que, en sus infinitas combinaciones constituyen todo lo creado, ... son tan bruscos y tan secos en sus verdades que, a la postre, llega uno a ser como ellos, viendo la vida solo por el lado de la organización y destrucción físico-química de la materia. Claro que, en el fondo del sentimiento personal, existe siempre el alma dispuesta a extasiarse en todo lo bello y sobrenatural, que es lo que a mí me acontece cuando leo tus libros, y más aún, con el último recibido: con «Patria chica» ¡Qué descripciones haces mi querido Vicente! ¡De qué magistral manera pintas el tiempo de tu niñez, de la mía y la de todos los muchachos de aquella nuestra feliz edad! ¡qué detalles, que pormenores! ... Para mí, es un encanto tu libro; puedo decir que leyéndole he vivido dos veces ... Yo, con él, he ido contigo a bañarme en la cieca de Alguazas; he vuelto a tirar piedras a los

nidos de barro de los vencejos que anidaban en las cornisa de la Casa grande; yo, como tú, empecé a nadar en la *estaca*, debajo del puente, y después Carlos Cappel, José Antonio Sanchez y Clemente Crevillén, me animaron a que me tirara de cabeza en el *baladre*, y por poco me ahogo. ¿Para qué seguir, si tú, como yo, tendrás a todas horas presente aquel pedazo de tierra que nos vió nacer y al que tanto amamos? ¡Si vieras, Vicente, qué tristeza me queda en el alma, después que leo algunos de los capítulos de «Patria chica»!... y me entusiasmo tanto, me engolfo con tanto afán en su lectura, que me olvido de todo lo que me rodea y, por fenómeno psíquico, me veo niño, en plena vida infantil... y gozo de lo que en esos momentos me parece una realidad que vuelve; pero, al volver en mí, experimento como una brutal sacudida y caigo de ese *cielo* a la realidad en donde estoy; a la vejez y a mi habitual tristeza. Así resulta

que tanto como lo quiero, temo también a tu libro; me dá alegrías, pero también tristezas; y este sufrimiento está justificado y me sirve de placer, puesto que el mismo amor es dolor. Solo veo en "Patria chica" *una sombra*, y es que la primera mitad la dedicas a Cartagena; yo respeto eso; para ello habrás tenido tus razones; Cartagena te acogió con cariño, allí tuviste y tienes excelentes amigos, fué allí donde se empezó a dar a conocer el poeta y allí tuvo sus primeros triunfos literarios; todo eso está muy bien; pero... yo opino y seguiré opinando que bien se merecía Archena un libro *para ella sola*; ¿para qué esa promiscuidad? Te sobran talento y recursos para haber hecho ó escrito otro libro hablando de Cartagena y dejar sola a Archena, para nosotros. Este es y debe ser el *santo santorun*.

No te enfades, Vicente, por esto que te digo; como buen archenero, soy muy recitilíneo en todas mis cosas, y antes que de-

jar de serlo, preferiría morir. Notarás que en estos párrafos anteriores hago la letra un poco mayor; es que eso de Cartagena me ha puesto un poco nervioso; pero ya se me ha pasado.

Yo sé que eso de Cartagena es porque eres muy bueno, porque tienes un corazón de oro; y ¿cómo honrar mejor a los cartageneros? pues poniéndoles en lo que más quieres, en "Patria chica" con Archena y a tu lado. Ese noble rasgo de tu alma generosa, te disculpa ante mis ojos. No hay nada pues de mis resquemores. Quiero que sepas que "Patria chica" la he prestado para su lectura a varios amigos españoles de ésta; y lo mismo hice con los libros que antes me mandaste: entre esos amigos, hay uno que deseo presentarte aunque, sinó recuerdo mal, ya una vez te hablé de él; es el padre Francisco Romero, sacerdote de esta parroquia, poeta como tú y persona muy culta: es una excelente persona; un sacerdote de los

(1) ¡Pelicos!—Los chicos al hacer las paces después de una riña, decíanos esa frase a la vez que nos arrancábamos unos cabellos de la frente y los soplabamos al aire.

tiempos actuales; su hombría de bien, su honorabilidad y su trato afable y simpático, hacen que se le estime y se le quiera. Demás está decir que es como tú y como yo, español de pura cepa: como que es aragonés; con eso está dicho todo.

Recordarás que te mandé una poesía del padre Romero; poesía que tú juzgaste laudatoriamente. Se puso contento el padre como un chiquillo, cuando leyó tus palabras, pues no te imaginas lo que te quiere; así: te quiere. Baste decir que aquel número de "Letras" en que salía tu casita, me lo pidió prestado y creo que no me lo va a devolver. Rara vez hablamos cinco minutos sin que suene tu nombre. Este buen sacerdote me dijo un día una cosa de tí que por poco origina un disgusto. Me dijo así, en medio del entusiasmo con que hablaba de tu labor poética: «¡Qué lástima, Doctor, que nuestro Medina no sea religioso! Me quedé de una pieza: «¿Que Vicente no es religioso? ¡si lo sabré yo!: si su tío, nuestro

maestro, era un santo!... ¡si su padre cantaba en la Iglesia!... ¡si Medina es un santo más grande!... No tiene Vd. más que leer su "Nochebuena", "Eres cristiana" y muchos otros pasajes de sus obras... ¡Qué no es religioso Medina! Pues qué ¿quiere Vd. que escriba aleluyas, villancicos y jaculatorias al Corazón de Jesús, para llamarle religioso?» El padre me dejaba hablar, gozando de mi entusiasmo; y terco (recuerda que es aragonés) replicaba a mis argumentos. «Todo lo que dice Vd. lo creo; pero mi impresión es que Medina no es religioso, aunque siente la poesía y el arte de la religión. (1) Si fuese religioso extraería con su talento, tan grande, tesoros de poesía cristiana que están ocultos aún a los sacerdotes que no somos grandes poetas. Por ejemplo: a los gritos tremendos que, como de paso, lanza la poesía de Medina

(1) *Sentir la poesía y el arte de la religión ... ¿no es ser más religioso que la generalidad de los religiosos?*

en expresión del dolor humano, qué suavísimo bálsamo no mezclaría si fuese tan cristiana como la de Galán!" Y siempre concluía diciéndome: créame, Doctor, nuestro Medina, no es muy religioso ni creyente. En éstas estábamos, cuando llegó "Patria chica" y, al hojearlo, antes de leer nada y ver la fotografía de la Iglesia de la Virgen de las Angustias, de la procesión de nuestro pueblo, yo me deleitaba con la gran *cogida* que le iba a dar al curita amigo; aquí, decíame yo, aquí tengo las pruebas en la mano. ¿Que Medina no es religioso? ¡Vamos, hombre! Y empecé a leer, a devorar las páginas, a recordar aquellos tiempos y aquellas cosas. Encantado andaba entre dulces sentires, sin acordarme de nuestra controversia, cuando tropecé con aquello de "caciquerías y sotanas" Me escamé un poco, pero no hice caso; lo mismo me sucedió con la "solapada teoría sacristanesca": no le dí importancia por que la cosa no estaba muy clara. El tío

Juan con sus pullas contra la guerra, las contribuciones y los curas, me hubiera escamado un poco más; pero noté que decías que “tenía un concepto chocante de muchas cosas” y me reí compasivo del pobre tío Juan, pues no tuvo, al parecer, la suerte que yo. Yo, querido Vicente, he sido siempre el dueño de mi casa; y mi familia, en la cual, como sabes, hay varias mujeres, va a misa; y como yo, confiesa y comulga, sin que en nada se hayan entrometido los curas.

Cuando llegué a la emocionante evocación que haces de las madrugadas para ir a las misas de gozo, ya comprenderás el deleite con que iba leyendo, cuando al describir el gentío que se quedaba a la puerta, por no haber más, y después de la pincelada de aquellos hombres que «bajo el dosel de las estrellas» oían misa «arrodillados en sus mantas»...

... ví, inesperadamente, aquel «yo que no soy religioso»... Por un lado sentí picado

el amor propio, al ver que, sin conocerte, el padre Romero había sido más perspicaz que yo, y por otro, sentí una pena grande viendo que hay algo en que tú y yo no andamos acordes. Para mí, la religión de mi infancia ha sido siempre una luz, una esperanza, algo que me ha confortado; porque «la fé de Cristo» como dices tú mismo, «la fé sublime y santa», me ha sublimado en mis días de abatimiento y ha convertido en meritoria mansedumbre las inútiles cóleras contra las injusticias de los hombres. Yo he tenido la suerte de ver a la Religión haciendo el bien. Tú previenes a nuestros paisanos contra el «cura y el barbero» como enemigos de la cultura de Archena. No entiendo la razón. En este pueblo donde vivo no había hace quince años más que un cura anciano y un colegio en nada religioso. Posteriormente vinieron cinco sacerdotes que se han ido renovando y que hoy son jóvenes y cultos; trabajan en su esfera y nadie tiene que de-

cir de ellos. Más tarde vinieron los Hermanos de la Doctrina Cristiana; al cabo de cinco años, con el fruto de sus trabajos han levantado un gran edificio para un gran número de alumnos. La población entera confiesa que en la juventud se ha verificado una revolución en favor de la moral pública y de la cultura, y las casas comerciales piden con tiempo al Director del Colegio los graduados en la carrera comercial. ¿Qué mal ocasionarían a Archena unos curas que trabajasen en sus ministerios moralizadores y un Colegio religioso cuyos alumnos, por su educación y técnica, fueron solicitados de antemano?

Apesar de lo que dices, yo no puedo creer que no eres religioso ni creyente. Tú has descrito al buen religioso en «Eres cristiana» porque lo llevas en el corazón y tu conducta en los trabajos que describes en «Patria chica» es la de un buen cristiano. Si has escrito «Eres cristiana» sin ser religioso, sin ser creyente, tendría yo que argüir que a lo menos por *una*

vez en tu vida no has sido sincero. No lo puedo creer de tí, el predicador irrecusable de lo ingenuo y de la verdad.

Mientras no me digas con el frío escepticismo de un descreído que *en realidad* has perdido toda fé, seguiré teniéndote por tan religioso como cuando íbamos a misa y a pedir por las ánimas benditas:

*Salve Reina de los cielos,
consuelo de pecadores...*

El padre Romero ha leído «Patria chica» y está entusiasmadísimo con ella como con todo lo que de tu pluma sale. Dice que todos los españoles debían conjurarse y a buenas o a malas llevarte a España y hacerte un palacio o una barraca como quieras; pero sin irte ya de España, para que tus biógrafos no nos echen en cara algún día que Medina emigró para no volver.

Te quiere y te abraza tu amigo

Mariano Codornú

Otra carta de Mariano Codorniu

Querido amigo Vicente.

A tu trasapelada carta del 15 de Sepbre. de 1921, llegada a mis manos hace unos días, debo una de las mayores alegrías que he sentido en esta vida: y a esa misma carta, que me ha tenido año y medio sin saber de tí, debo también la incertidumbre y la zozobra que he pasado. Tu silencio me tenía muy preocupado: llegué a pensar si me habrías mandado a paseo, por aquello que te decía en mi anterior sobre religión; pero no; por eso no podía ser: yo no podía admitir que fuese por eso: yo no te obligaba a nada, no trataba de imponerte nada, ni podía hacerlo tampoco; y en cambio, te demostraba algo del mucho afecto y de la mucha admiración que por tí siento; y era mi alma la que, en aquélla, como en ésta y como en todas, impulsó mi pluma. Y yo sé bien que con los que te escriben así no puedes sentirte dis-

gustado: ¿Por que será, Señor, que Medina no me escribe? Llegué a pensar en lo peor; y el padre Romero, a quien en varias ocasiones comuniqué mi temor, me decía siempre animándome: «No, Doctor, no piense en que tal desgracia haya ocurrido; de haber sido así, lo sabríamos ya por la prensa toda del mundo; el poeta Medina es mucho poeta para que el cable y las grandes rotativas de las cinco partes de la Tierra hubiesen dejado de trasmitir la infausta noticia; así es que tranquilícese, amigo Codorníu; verá Vd. como a nuestro amigo Medina no le ha ocurrido nada.» Y, gracias a Dios, así ha sido; pero mira, chico, te ruego procures que no se repita eso: pues la dichosa carta me ha hecho pasar muy malos ratos.

En la tuya de 2 de Mayo pasado, escrita al respaldo de la anterior, me comunicas la triste noticia del fallecimiento de tu buena y adorada madre: yo, querido Vicente, también he pasado por ese inmenso dolor, cuando Dios quiso disponer de la que fué mía; me doy por ello cuenta de tu pena y

te deseo la resignación necesaria para sobrellevarla: Dios las tenga en la gloria.

Tres días después de tu carta, llegó el paquete con los dos ejemplares de tu libro «Humo» que tu fina delicadeza ha tenido a bien dedicar al P. Romero y a mí. Faltábame tiempo para cortar las hojas y leer; me hallaba grandemente intrigado por el subtítulo y, claro, comprendí que se trataba de algo personal tuyo y, conociendo tu modestia y tu sinceridad, sentía verdadera ansia por saber *cómo te portabas contigo mismo*. Te escribo ésta después de leer «Humo» por tercera o cuarta vez, (yo mismo he perdido la cuenta) pues a cada rato lo tengo en la mano (y me gusta esto y me gusta aquello y voy a saltos de un capítulo a otro, porque todo en él me enamora, todo me conmueve, todo me encanta; es un libro maravilloso. ¡Qué páginas, Medina, qué páginas! Es un caso *único*; no sé de ningún literato, ni poeta, que en sus obras se haya presentado tal cual

es, como lo haces tú en «Humo»: con esa admirable sencillez y esa naturalidad.

Muchas veces y durante el exámen de tu libro, he interrumpido la lectura y, puesto el índice, como señal, en la página en que me encontraba, lo he cerrado y, apoyando la otra mano en la frente y el codo en la mesa, he meditado largos ratos sobre las grandes verdades que contiene. ¡Qué hermoso y qué sublime es todo lo que dices en él! ¡Qué talento tan inmenso tienes, mi querido amigo!... En esos momentos yo no veía en tí al poeta: contemplaba al filósofo (forjado en el yunque de las amarguras y vicisitudes de la vida) lanzando su airada, pero justa protesta, contra los desafueiros y miserias de la humanidad. A ratos, considero en tí al psicólogo; y, ¿cómo no? Es tu alma, tan noble, tan generosa, la que ha escrito tanta hermosura; tu alma, sí, tan buena que, de tenerte cerca, te hubiese dado un abrazo muy apretado; y es porque yo, aunque no se decir esas

cosas tan bellas, tengo mi corazoncito; y puedo asegurarte que interpreto y siento muy hondo todo lo que tú escribes en tus libros y saboreo con delectación el néctar que los forma. Si, como dices, lo que más te preocupa es *dar la sensación*, en mí se cumple plenamente ese tu deseo; y creo que a muchos de los que te lean les ocurrirá lo mismo: claro, que también hay seres con su *ideal de bestias*; (frase tuya) pero esos son *percebe*; y yo no creo que tú escribas para esos crustáceos.

De acuerdo contigo, en todo: incluso en eso del comunismo, (siempre que sea como debe ser, como tú lo pintas.) Como tú, odio la guerra y otras muchas cosas malas y me dan cien *patás* en la boca del estómago las ridiculeces y pamplinas sociales; estimo a la clásica chaqueta o americana (que es lo que uso) y abomino del frac y la levita; yo en todas mis cosas y, a semejanza tuya, soy muy rectilíneo, no

tengo diplomacia alguna, digo lo que siento, como lo siento y nada más, a la pata a la llana. Y digo yo: ¿será ésto cualidad peculiar de los archeneros? Porque he visto que nos sucede lo mismo a tí, como a mí y como a aquel molinero de «El sombrero de tres picos» de Alarcón (sino ando mal de memoria) que decía: «¡alcalditos a mí que soy de Archenal!» Sin ir más lejos, tienes la prueba en lo que al padre Romero y a mí nos dices en tu carta, publicada también en «Humo», “Mi cristianismo es romántico” ¡Qué ingénuo y qué bueno eres, Medina... ¡eres un santo! ¡bajo cuántos aspectos te admiro!

«Patria y religión en el hogar»... Es este otro de tus escritos que más me han hecho meditar; sí, es cierto: el hogar, el amor de la familia, el sentimiento que produce la abnegación y el sacrificio... todo eso es muy bueno y muy humano y muy moral; todo lo que tú quieras; así manda que sea la religión cristiana; y así debe

ser; pero todo eso es perecedero, transitorio y mudable. ¿No habrá *algo* más allá que premie eternamente a los que, como tú y como yo, hemos sufrido tanto en esta vida? Si somos todos hijos de Dios (yo así lo creo) que es tan misericordioso como justiciero, ¿cómo es posible que mida con el mismo rasero a los malos como a los buenos en su paso por la tierra? ¿Has pensado en ésto?

Pero volvamos a «Humo». Por mis anteriores y por ésta, habrás visto que yo no sé escribir con la galanura de estilo ni con frases retóricas ni, mucho menos, como lo habrán hecho ya los maestros del *decir bien*, al ocuparse de las bellezas de «Humo»; es más: aunque pudiera, siquiera, imitarles, creo que no lo haría, así, en carta particular; prefiero decirte sencillamente, pero con toda el alma, lo que de él te digo en ésta; eso me satisface más (y creo que a tí también) que si ésta fuese una carta-artículo llena de ditirambos y de am-

pulosidades que, aun siendo justas, no me parecerían tan cariñosas y sinceras.

Cuando toques la tierra de la maceta de la malvaseda, acuérdate de mí, porque esa tierra también es la mía.

Saluda a tu familia y tú recibe un cariñoso abrazo de tu amigo

Mariano Codorniu

Quantánamo, 15 de Junio de 1923.

Amigo Mariano:

Doy a la publicidad tus cartas, en las que me echas tantas flores, precisamente porque esas cartas tuyas trascienden a flores naturales y no de trapo.

¡Déjate de galanuras y retóricas! El mérito está en ese puro y claro sentir, tan natural y tan difícil de dar en literatura.

Estarás resentido por mi prolongado silencio: la "Historia de muchas cartas" de Campoamor es muy humana... Además, repara en que cada libro mío es una larga carta que escribo a tí, al padre Romero y a otros muchos predilectos de mi corazón...

Adiós y siempre contigo en los recuerdos de la infancia, oasis encantador de la vida.

VICENTE

Vicente Medina

en Buenos Aires

PRESENTACIÓN



VICENTE MEDINA ha llegado. Viene a vivir entre nosotros”.

Era el que me lo dijo hombre de verdades, pero aún así, me parecía la noticia increíble.

Y al día siguiente en la Avenida de Mayo me encontré a Vicente Medina. Encuentro casual que se anticipaba a satisfacer mis deseos.

Pasamos juntos toda la tarde. Yo preguntando y él... preguntándome también. Esto quiere decir que no hubo entre nosotros, ni una mala contestación.

De todos los murcianos, Medina, el can-

tor del *Alma del pueblo*, el que menos podía uno imaginarse, embarcado con rumbo a la hospitalaria tierra americana. Medina, que ha "sacado" de su cabeza... ¡y de su corazón! estas coplas....

*Mi barraca está en la huerta
y en la huerta está mi novia:
¡es, el mentarme la huerta,
como mentarme la gloria.*

*Cuando mi horica me llegue,
quiero morir en mi tierra...
¡verla, al cerrarse mis ojos,
y tener mi hoyico en ella!*

¡Y luego dicen que no hay milagros! Lo que no podía ser, ha sido: Vicente Medina está aquí. Te lo aseguro, lector. Yo le he visto, he hablado con él y tú le verás y él hablará contigo. Porque para eso viene: para cantar y sentir como él siente, hondo y tierno, cielo y tierra y mar, flores, pájaros y mujeres.

En una maleta que él llama "la maleta

de las esperanzas", trae un libro que sencillamente se titula "*Poesía*" y que de seguro justificará el título: cinco o seis obras dramáticas, y fuera de esta maleta... ¡pues bien, sí, estas indiscreciones son muy del gusto de la curiosidad del lector y es preciso cometerlas. A más del bagaje de poeta, éste no ha viajado como viajamos todos, solo con los baules, se ha traído los muebles de su casa de Cartagena... ¡y toda su familia! La casa misma, supongo que no, porque no se la admitirían en el barco y, además, porque no era suya. En cuanto a la huerta... ¡allá está! allá se queda esperándole. Vicente Medina acá, pero en los vergeles de Belgrano, dónde ha hecho el ruseñor su nuevo nido.

No sólo a cantar viene, sinó a vivir la vida sana y fuerte de trabajo y de viriles luchas que vivimos todos, buscando, como hemos buscado nosotros, la renovación de la personalidad en el nuevo ambiente.

A cantar y a... "contar", porque Vicen-

te Medina, el autor de "Aires murcianos" y de "La canción de la vida", conoce el comercio y sabe... contabilidad por partida doble y teneduría de libros.

Bajo todos conceptos sabe muchísimo más que yo que, cuando vine aquí, ni siquiera supe contar con la huéspededa.

Eduardo López Bago

INDICE

(La indicación V quiere decir verso)

Patriotas y antipatriotas . (por Azorín) Pág.	4
¡Yo pecador! „	5
Vicente Medina parte para América . . „	9
Las cosas en su lugar „	12

Recortes del diario "LA TIERRA", de CARTAGENA

¡A otras tierras! „	17
Salida del "Sagunto" „	20
"Adiós a Medina" (por José Santos Chocano) V. „	22

VICENTE MEDINA EN AMERICA

Carta del poeta „	23
"El Diario Español" „	24
Medina poeta humano „	26

Medina prosista	„	28
Un artículo de Unamuno	„	29
De “La Tierra” al poeta	„	33
Más noticias	„	34
Vida espléndida	„	35
Trabajo, no poesía	„	35
En Rosario de Santa Fé	„	36
El tiempo es oro	„	37
La patria chica	„	37
La vida Argentina	„	38
La situación económica	„	39
La odisea de un ex-rico	„	40
Correspondencia	„	42
Mi caso	„	44
Bello país debe ser	„	48
Detalles prosaicos	„	51
A los tres años	„	54
Diego González en América	„	56
Carta abierta	„	59
En el suplicio	„	62
Bases de robusta nacionalidad	„	65
Covadonga de la raza V.	„	73
El ombú V.	„	77
El paisaje	„	79
Las islas verdes	„	90

La sequía	„	98
Siempre la patria	„	102
A Córdoba	V. „	102
Discurso en Córdoba	„	110
Marcelo Martínez, apóstol en acción . .	„	114
Los bellos nidos	V. „	117
Cosecha	V. „	119
Mendoza, ¿y tu poeta?	„	121
La flor de durazno	V. „	127
Carta de Juan de Garay al Rey de las Espanias	V. „	130
Nuestro culto	V. „	136
Comercio y poesía	„	138
Canto a la humildad	„	160
En la fiesta de un millonario	„	169
En la fiesta de la raza	V. „	177
Al volador glorioso	V. „	183
Juan de Garay (3 sonetos)	V. „	186
Extranjero en el mundo	„	189
Canto al Rosario	V. „	194

CRITICAS DE AMIGOS

El poeta inmigrante (Dr. R. Caballero)	„	204
“Letras” Correo de Galicia”	„	214
Desde tierras polares (Gabriela Mistral)	„	217
Desde Buenos Aires (Antonio Ortuño)	„	218

Desde la Cordillera Andina (José Areu)	„	222
Desde la costa del Cantábrico. (C. Cienfuegos)	„	225
Desde la Isla de Cuba (M. Cordornú)	„	228
Otra carta de Mariano Codornú . . .	„	243
Vicente Medina en Buenos Aires (Eduardo López Bago)	„	251

Obras completas de VICENTE MEDINA

Volúmenes como el presente ya publicados:

- I VIEJO CANTAR (Versos de amor)
- II ¡ PADRE NUESTRO ! (Breviario)
- III PATRIA CHICA (Sentimiento regional)
- IV EN LAS ESCUELAS (Preceptiva pedagógico-literaria)
- V EN EL MUNDO HUÉRFANO (Escepticismo)
- VI LA COMPAÑERA (Versos) Poema íntimo.
- VII CONTRA EL DIOS DE LOS HOMBRES (¡ A trallazos !) Prosa.
- VIII HUMO (Yo mismo) Autobiografía.
- IX SIN RUMBO (Versos) Amargo sentir.
- X A LA BUENA DE DIOS (Filosofía ligera) Prosa.
- XI ¡ SED TENGO ! (Poesía) (Anhelos del más allá.
- XII HACIA UN SENSATO COMUNISMO (Orientación política)
- XIII LA TIRANA (El poeta-abuelo) Poesía.
- XIV AIRES MURCIANOS (Reedición del tomito Mignon)
- XV PALOS DE CIEGO (Filosofía del hombre bárbaro)
- XVI ¡ MUJER, DIOS TE SALVE ! (Poesía)
- XVII HECES (Prosa-Pensamientos).
- XVIII PAVESAS (Más versos de amor)
- XIX CENIZAS (Prosa del amor y de la mujer)
- XX GALANTES (Versos)
- XXI NINFAS Y SÁTIROS (Versos eróticos)
- XXII HIELOS (Versos del ocaso)

De estas obras completas de Vicente Medina, ya van publicados veintitres volúmenes, hasta el presente, y todos ellos eran inéditos, á excepción del XIV. Seguirán lo menos quince volúmenes más, entre ellos todavía unos cuatro, todos también inéditos, y cuya especificación es la siguiente:

DESDE LAS PEÑAS (Nuevos aires murcianos).

PEQUEÑA GALERÍA (Apuntes - Prosa.)

AIRES ARGENTINOS (Estilos) - Poesía

BRASAS - Prosa (El drama de la carne)

PEDIDOS

Librería "Fernando Fé" Puerta del Sol 15, Madrid - Librería de Victoriano Suárez, Preciados 48 Madrid.

Correspondencia á Vicente Medina - Salta 1215 - Rosario de Santa Fé - R. Argentina.

IMP. C. PIGNOLO

ESTANISLAO ZEBALLOS 748 - ROSARIO

Obras de Vicente Medina

TEATRO:

El rento

La sombra del hijo

El alma del molino

¡Lorenzo!...

OBRAS DRAMÁTICAS
INÉDITAS

La pena duerme

La copla triste

El calor del hogar

En lo oscuro

Los pájaros

La fiesta del mar

El canto de las lechuzas



Vicente Medina

FRAS

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA

ARCHIVO

ST^e 3

AB^a A

0 39

XXIII